

Boletín de Historia y Antigüedades

Volumen CV, No 867
Julio - Diciembre de 2018

Contenido

Contents

5 **Presentación**

Artículos / Articles

- 25 Parques, plazas y plazoletas: la construcción social de los espacios públicos en Bogotá
ROBERTO LLERAS
MARÍA DEL PILAR QUINTERO
MELISSA OSORNO
DANIELA HERRERA
- 69 El reino de los dioses
BELISARIO BETANCUR
Académico Honorario
- 81 Héroes y antihéroes: la representación de las figuras míticas en Bogotá, la capital
VICTORIA PERALTA DE FERREIRA
Académica de Número
- 125 Discurso de recepción
FERNÁN GONZÁLEZ GONZÁLEZ SJ
Vicepresidente
- 131 El proceso de industrialización de América Latina y la influencia del pensamiento de la CEPAL, 1930-1980
JOSÉ ANTONIO OCAMPO
Académico Correspondiente

Parques, plazas y plazoletas: la construcción social de los espacios públicos en Bogotá

ROBERTO LLERAS¹

MARÍA DEL PILAR QUINTERO²

MELISSA OSORNO³

DANIELA HERRERA⁴

Resumen

Las plazas, parques y plazoletas son los espacios públicos por excelencia en las ciudades hispanoamericanas. Fuera de la típica plaza fundacional, hay entre estos espacios muchas variaciones respecto del origen, la evolución y la apropiación social. El artículo explora estos factores para seis plazas y parques del centro de Bogotá: Parque Santander, Plazoleta del Rosario, Parque de los Periodistas, Parque de los Mártires, Plaza de Las Cruces y Plaza del Chorro de Quevedo. Se hace uso de información documental, datos arqueológicos y tradición oral para reconstruir como

¹ Antropólogo, PhD en Arqueología, Miembro de Número Academia Colombiana de Historia; Director Proyectos de Arqueología Preventiva 5 Espacios Públicos y Plaza del Chorro de Quevedo

² Historiadora Universidad Externado, Asistente Documentación Histórica Proyecto 5 Espacios Públicos

³ Antropóloga Universidad de Caldas, Arqueóloga de Campo Proyecto 5 Espacios Públicos

⁴ Antropóloga Universidad Externado, Arqueóloga Asistente Proyecto Chorro de Quevedo

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO

Lleras, Roberto. (María del Pilar Quintero, Melissa Osorno y Daniela Herrera). "Parques, plazas y plazoletas: la construcción social de los espacios públicos en Bogotá". *Boletín de Historia y Antigüedades* 105: 867 (2018): 25-67.

en estas áreas se ha presentado una lucha por el espacio entre clases sociales, instituciones y Estado, como parte de la historia de la ciudad.

Palabras clave *Bogotá, plazas, parques, apropiación social, urbanismo.*

Abstract

Squares, parks and small squares are the most important public spaces in Hispano-American cities. Apart from the typical foundational square, there are within this category many variations with respect to origin, evolution and social appropriation. This article explores these factors for six squares and parks of central Bogota: Parque Santander, Plazoleta del Rosario, Parque de los Periodistas, Parque de los Mártires, Plaza de Las Cruces and Plaza del Chorro de Quevedo. We used documentary information, archaeological data and oral tradition to reconstruct the struggle for these spaces between social classes, institutions and the State, as part of the history of the city.

Keywords *Bogotá, squares, parks, social appropriation, urbanism.*

Introducción

Las plazas, parques, plazuelas, plazoletas y zócalos son los espacios públicos por excelencia en la América hispana; presentes desde el trazado inicial de las ciudades por disposición de las normas fundacionales, han evolucionado a lo largo de cinco siglos cumpliendo múltiples funciones. La imagen típica nos remite a un espacio cuadrado o rectangular que sirvió de centro para el trazado de la ciudad colonial; a su alrededor se habrían ubicado la iglesia, la casa cural, el cabildo, la cárcel, el hospedaje para forasteros y las casas de las familias notables del pueblo. En el espacio de la plaza se celebraría el mercado semanal, los actos públicos y se ejecutarían los castigos que usarían el cepo o poste de suplicio. También aquí estaría uno de los chorros o pilas en el que la población vecina se abastecería de agua.

Con el paso del tiempo la ciudad y la plaza iban adquiriendo más prestigio e importancia; la iglesia se habría convertido en catedral, la casa cural en palacio arzobispal, el cabildo en palacio virreinal y las casas de la aristocracia renovarían y adornarían sus fachadas para adecuarse a los nuevos tiempos. Con la transición

a la república no es mucho lo que este simbólico espacio habría cambiado; la catedral y su palacio seguirían allí y el palacio virreinal devendría capitolio o palacio del congreso. Los castigos públicos se habrían abolido y eventualmente los mercados se desplazarían a otras zonas; en su lugar la plaza se afianzaría como escenario privilegiado de la actividad política. Toda manifestación, protesta o expresión popular ocurriría allí o, al menos, intentaría hacerlo. Hasta cuando existieron las grandes concentraciones partidistas que cerraban las campañas electorales, era tradicional hacerlas en la plaza y cumplir el reto de llenarla. La plaza era por excelencia, el centro del centro.

Esta imagen típica, central, dominante describe satisfactoriamente la configuración e historia de algunas grandes plazas latinoamericanas, entre ellas la de la Plaza de Bolívar de Bogotá. Pero los espacios públicos de estas urbes no se circunscriben a esta imagen; son, por el contrario, increíblemente variados en su origen, su historia y su función social. Por esto, desafían tajantemente esta historia oficial de la plaza central y cuentan otras historias de diversidad, de cambio, apropiación y adaptación. Los espacios públicos de Bogotá son, en muchos casos, sitios de lo local, de la transgresión y de la construcción colectiva de narraciones novedosas.

Los proyectos de mejoramiento del espacio público realizados en el centro de Bogotá entre 2015 y 2017 involucraron parcial o totalmente al Parque Santander, la Plazoleta del Rosario, el Parque de los Periodistas, la Plaza de los Mártires, la Plaza de las Cruces y la Plaza del Chorro de Quevedo. En todos los casos se realizó monitoreo arqueológico preventivo y, complementariamente, una documentación histórica que permitiera poner en contexto los espacios intervenidos. Gracias a estas labores se pudieron recoger algunos datos interesantes sobre estos sitios que presentamos aquí como soporte de nuestro postulado sobre la diversidad en origen, historia y función de los espacios públicos de Bogotá.

Parque Santander

La historia del Parque Santander comenzó con los primeros años de la Conquista y el asentamiento de los españoles en la capital; por entonces este lugar era conocido con el nombre de Plaza de la Yervas, un mercado de verduras, frutas y yerbas situado en la margen derecha del río Vicachá, zona en principio designada como predio para pastoreo de cerdos y caballos, que fue adquiriendo

relevancia como sitio de mercado. Sobre la importancia y las actividades desarrolladas en la plaza de las Yervas, Ortega Ricaurte hacía la siguiente descripción:

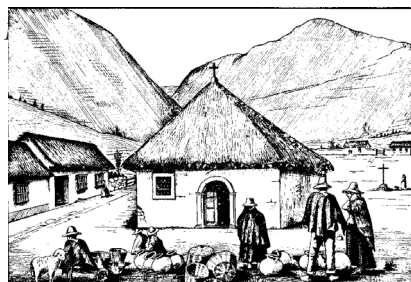
El incipiente poblado de Santafé estaba comunicado con ayende el río por un puentecito de madera, y este pintoresco sitio fue escogido desde un principio para plaza de mercado, a donde acudían los primeros santafereños a proveerse de los artículos alimenticios más indispensables; los campos más inmediatos a la villa estaban cultivados por los indígenas y producían en abundancia cereales y hortalizas de semilla europea y de las tierras calientes traían varios frutos (Ricaurte, 1922: pág.2).

La Plaza de las Yervas, posteriormente Plaza de San Francisco en 1557 gracias al convento franciscano que en ese año se instaló allí, se fue configurando espacialmente gracias a la primera repartición que hizo Jiménez de Quesada, quien según Ortega Ricaurte:

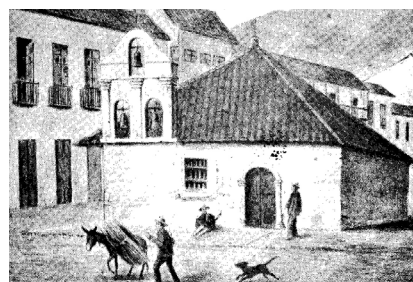
[...] procedió a la cesión de huertas en los parajes comprendidos «desde el agua i arroyo del mercado, camino de Tunja, hasta la portezuela que está en el caño de Nuestra Señora de las Nieves sobre la mano derecha a todo el llano hasta que sale el agua dicha de las sierras del páramo de Chiguachí (Ricaurte, 1922: pág. 2).

Según Ricaurte Posada, en este espacio algunas de las primeras casas que se construyeron fueron la de Jiménez de Quesada, y posteriormente la del conquistador y capitán Juan Muñoz de Collantes, a quien se le debe la Ermita del Humilladero puesto que:

[...] pidió al Cabildo el Miércoles Santo de 1543, en su calidad de Mayordomo de la Cofradía de la Veracruz, un solar para edificar un Humilladero, [...] obtenida la gracia con la facilidad con que se concedían en aquellos tiempos las peticiones, se midió el terreno y tomó posesión de él la cofradía de Veracruz (Ricaurte, 1926; pag 3)



La primera estructura de la Ermita del Humilladero, 1544



Segunda estructura de El Humilladero. Data de 1591 y fue ampliada y remodelada por Gines de Vargas en 1713.

El Humilladero, según Ortega Ricaurte fue terminado para el Jueves Santo de 1544 y consagrado el 6 de agosto del mismo año. Fue una estructura

sencilla hecha de madera que marcó la historia de la plaza de San Francisco y posterior Parque Santander desde mediados del siglo XVI hasta su demolición hacia finales del siglo XIX. Construido entre 1543 y 1544, el Humilladero ocupó “la esquina norte-occidental de la plazuela, hoy cruce de la carrera 7 con la calle 16, casi al frente del edificio Avianca” (Venero, 1972, pág. 6). Este habría sido el mismo sitio en donde cinco años antes (1538) se habían erigido la capilla y las doce chozas de paja que Jiménez de Quesada hizo construir para celebrar la misa de la primera fundación de Santafé.

Otra estructura importante para la comunicación entre las dos orillas del río San Francisco, antiguamente río Vicachá, fue la construcción del puente San Miguel en 1557, una sencilla estructura de madera, con la que se pretendió facilitar la reciente instalación del convento de los franciscanos y procurar una vía más cómoda para el paso de los vecinos por el río:

Durante el período de aquel gobernante que despertó el descontento general, don Juan de Montañón (1551-1558) se construyó un puente de madera de mejores condiciones al existente, que unía la Calle Real con la plaza de mercado, puente que se llamó de San Miguel y que años más tarde fue destruido por una avenida del río (Ricaurte, 1926, pág. 6).

Ortega Ricaurte dice que el puente fue destruido por “una violenta avenida en el río” lo que hizo que don Juan de Borja lo reemplazara por otro de piedra en 1626, el que fue rebautizado como puente San Francisco, a su vez destruido en 1662. “Procedió enseguida el cabildo a la construcción en el mismo lugar del tercer y último puente, que subsistió hasta la canalización del río” (Venero, 1972: pág. 20)

A finales del siglo XVI el piso de la plaza era irregular y sujeto a las inclemencias del clima, como lo destaca Ortega Ricaurte:

Hagamos una composición de lugar e imaginémosnos la Plaza de San Francisco, tal como se encontraba en el año de 1570: un potrero de piso disparejo, donde alternaba la arcillosa tierra del suelo con la silvestre yerba y las grandes y verdes hojas de lengua de vaca, los erizados espinos y los coposos arbustos de alisos alpinos y las floridas campanillas; limitado al norte por las casas pajizas de González de la Peña, que hacían esquina con el camino de Tunja, [...], algunas casas de mejor arquitectura en construcción y las que dejó el Conquistador Quesada; al oriente se divisaban los collados que forman los cerros de Monserrate y Guadalupe, [...]; por el occidente, de por medio el camino real de Tunja, la humilde edificación de la Cofradía de La Veracruz, el convento de los frailes de San Francisco, que estaba separado del río por una simple tapia de tierra y la incipiente construcción de su templo, [...] por el sur, la plaza estaba abierta y se presentaba a la vista la ciudad, y separado por una barranca, corría el torrentoso río San Francisco, [...] después

de atravesarlo por el rústico puentecito de tablas de San Miguel; en uno de sus ángulos se alzaba la devota y pobre ermita del Humilladero, hacia el centro una fuente y cerca a ella una cruz de madera (Ortega Ricaurte, 1926: pág. 9).

La situación descrita para 1570, contrasta con la de fines del siglo XVIII; Ortega Ricaurte señala que para esa época ya estaban contruidos los cuatro costados de la plaza de San Francisco, en la que se continuaba celebrando el mercado.

En la primera parte del siglo XIX la Plaza de San Francisco vivió grandes eventos políticos: el 11 de agosto de 1808 se llevó a cabo allí la jura del rey Fernando VII. Casi una década más tarde, entre 1816 y 1817, la plaza fue escenario de los fusilamientos de José María Arrubla y Francisco José de Caldas, (enterrado en la vecina iglesia de la Veracruz) así como Francisco Morales y Policarpa Salavarrieta (White, 2004: pág. 232).

Ortega Ricaurte afirma que, en las postrimerías del dominio español y el nacimiento de una nación libre, se establecieron y formaron los límites y el contorno de la plaza que “*era bastante parecido al de hoy*” refiriéndose al año 1926, época en que la describió en los siguientes términos:

Así, poco a poco, al terminar el periodo del dominio español, quedó terminado el contorno de la plazuela de San Francisco de Santafé, bastante parecido al de hoy, excepto su esquina noroeste, totalmente cambiada, las refacciones y modernización de sus casas, los andenes y el colorido de muros, puertas y ventanas. Testigo aquel sitio de innumerables escenas, de la apacible vida de sus moradores, sin otro movimiento fuera de los mercados, que las procesiones de Semana Santa y de la Concepción, las ceremonias religiosas de los franciscanos, los terceros y los cofrades de La Veracruz; la engalanada de los balcones y el alumbrado con velas de sebo para festejar los grandes acontecimientos [...] Por su costado occidental pasaba el camino real a Tunja, entrada forzosa a la ciudad de los que venían del norte, y que se llamó entonces Calle Larga de las Nieves; paso obligado de la carroza del Arzobispo y de la del Virrey, tirada por seis mulas (Ortega Ricaurte, 1926: pág. 21).

En la segunda mitad del siglo XIX, la plaza sufrió grandes transformaciones que respondían al anhelo de convertirla en ejemplo de civilización y modernismo y de las políticas de progreso de la ciudad. El primer cambio ocurrió en 1850 con la expedición el 6 de mayo del decreto del Congreso de la Nueva Granada que ordeno erigir el monumento al general Santander; la estatua, encargada al escultor florentino Pietro Costa, fue inaugurada el 6 de mayo de 1878 (Ortega Ricaurte, 1926: pág. 37) sobre un pedestal octagonal encerrado por una verja de hierro fabricada en Bogotá. Un año después la Cámara Provincial de Bogo-

tá, expidió una ordenanza que decía lo siguiente: “*La plaza de San Francisco, situada al norte de esta ciudad, en la cual existe la casa que habitó y en que murió el General Francisco de Paula Santander, se denominará, en lo sucesivo Plaza de Santander*” (Venero, 1972: pág. 30).

El tercer y más traumático de los eventos fue la destrucción de la ermita del Humilladero, demolida en 1887 con la finalidad de dar inicio a la transformación de la plaza en parque. Ortega Ricaurte transcribe el fragmento de la correspondencia de Adolfo Cuéllar, Secretario de la Cámara de Representantes que remitió al señor Gobernador del Estado Soberano de Cundinamarca, Número 164, Bogotá, 20 de abril de 1877 (Ricaurte, 1926, pág. 35):

Hoy ha aprobado esta honorable Cámara la siguiente resolución: - Dígase al Poder Ejecutivo que la Cámara de Representantes desearía que se apresurase la conducción a esta ciudad de la estatua del Jeneral [...]. Dígase al señor Gobernador del Estado de Cundinamarca que la Cámara se permite escitarlo para que, como asunto de policía, haga demoler el pequeño edificio, sin mérito alguno arquitectónico, ni histórico que, con el nombre de “Capilla del Humilladero”, afea la Plaza de San Francisco, a fin de ornamentarla convenientemente para recibir la estatua.

Desde finales del siglo XIX el aspecto que debían lucir los espacios públicos, específicamente los parques, estuvo fuertemente influenciado por la imitación de las tendencias europeas:

[...] los primeros parques y jardines públicos que surgieron en la ciudad, cuya función principal era representar a la nación y civilizar. Se trataba de sitios que debían acoger y salvaguardar estatuas de los héroes y símbolos de la patria, y que se orientaban en su diseño a las plazas europeas, en una época en la que se trataba de consolidar una imagen de nación civilizada y en capacidad de estar a la altura de otros países (Paredes, 2004: pág. 98).

La transformación de la plaza de San Francisco en Parque Santander fue solo un ejemplo de este proceso que tenía un trasfondo simbólico. Entre 1877 y 1880, se continuó modificando el parque, instalando:

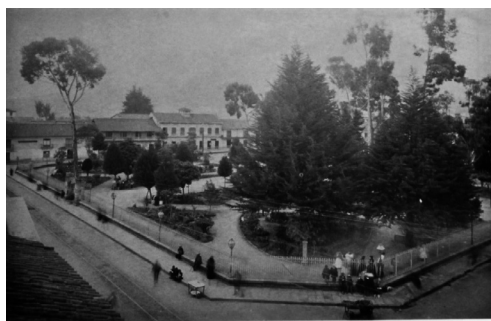
Elementos de diseño importados de los parques europeos, especialmente franceses: por esto se cerraron sus cuatro costados con rejas y puertas en las esquinas, se sembró vegetación en su interior y se instaló un sistema de alumbrado público que funcionaba con gas (Pizano, Ibel & Salazar, 1998: pág. 50).

La transformación del Parque Santander se aplicó también al Parque Centenario, el Parque de los Mártires y la Plaza de Bolívar durante el siglo XIX; el modelo seguía unas normas generales: un monumento a uno de los héroes o

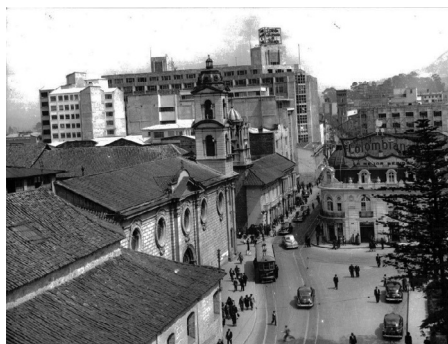
a las batallas de la Independencia, “[...] *La estatua o monumento se encontraba localizado centralmente y estaba rodeado por un jardín o parque, diseñado geométricamente, y protegido por una reja, que en la mayoría de los casos, había sido elaborada en Europa*” (Paredes, 2011: pág. 30).

El proyecto para la conversión de la antigua Plaza San Francisco en parque-jardín fue encomendado en 1881 a Casiano Salcedo, una de las figuras más importantes en el arte de la jardinería, quien utilizó toda el área del Parque Santander, creando un espacio que, según la descripción de Palau en la Guía Histórica y Descriptiva de la Ciudad de Bogotá, lucía en el año 1894 de la siguiente manera:

[...] el parque estaba dividido en dos mitades, que incluían varios cuadros y grupos de árboles. Además existían dos fuentes de bronce y algunos bancos de madera. El parque estaba encerrado por una reja de hierro y tenía entradas por el lado oriental y occidental. El parque se convirtió en el sitio de esparcimiento más importante de la ciudad (Paredes, 2011: pág. 29).



Parque San Francisco, Autor: Anónimo, Fuente: Historia de Bogotá Reproducido por Fundación Misión Colombia (1988) Fondo CEAM / Archivo Museo de Bogotá, Registro: MdB14013



Panorámica de Bogotá, la carrera séptima frente al Parque Santander. Autor: Saúl Orduz, Año: 1945, Colección Museo de Bogotá, Registro: MdB27091

Dada la centralidad e importancia del Parque, este se volvió paso obligado en los recorridos de las primeras vías del tranvía inaugurado en 1884:

Esta primera ruta, la primera ruta del tranvía tirado por mulas sobre rieles de madera unía la plaza de Bolívar y la Iglesia de San Diego a lo largo de la Calle Real, fue modificada pronto y desde entonces el Parque Santander se convirtió en punto de partida hacia Chapinero. Posteriormente en 1910, cuando la administración municipal compró la empresa del tranvía e inauguró nuevas líneas, la ruta que salía del cementerio por la carrera 13 hasta la calle 15 pasó también por el Parque Santander al empatar un tramo de esta línea con la ruta Chapinero en el costado Sur. Igualmente existía la línea electrificada entre la calle 26 y el Parque Santander (Pizano, Ibel & Salazar, 1998: pág. 51).

A comienzos del siglo XX, el Parque Santander sufrió nuevas reformas ejecutadas por la Sociedad de Embellecimiento. Daniel Ortega Ricaurte habla en su texto: “Historia del Parque Santander” de la Sociedad de Embellecimiento (o Sociedad de Mejoras y Ornato), entidad “*que asumió la responsabilidad del Parque, procedió a arreglar sus jardines, puso instalación de luz eléctrica*” (Ricaurte, 1926: pág. 43).

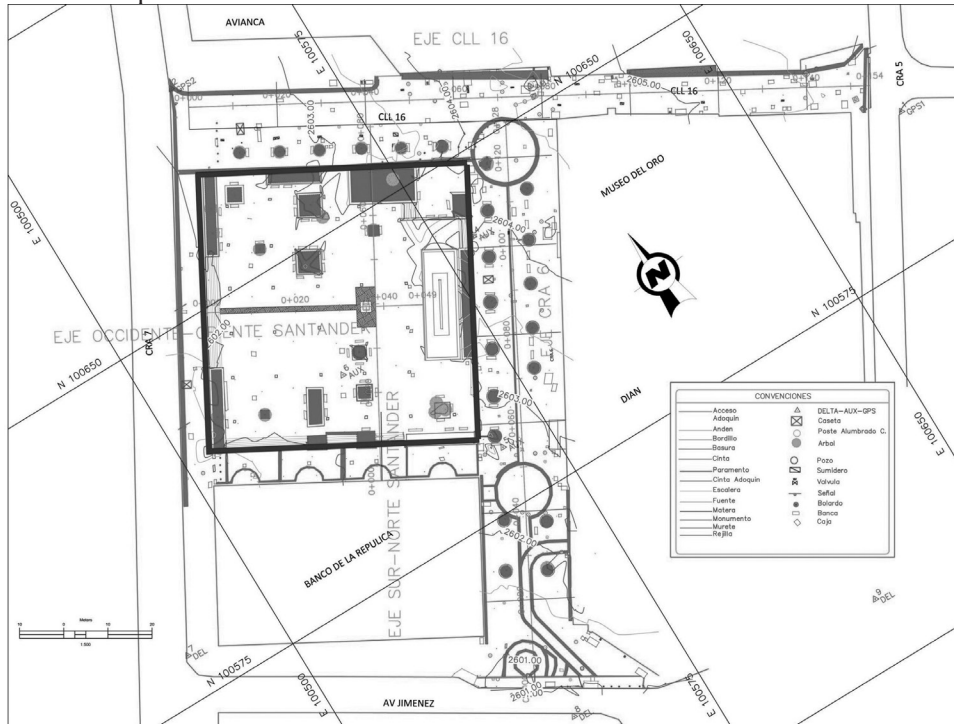
Comenzando la segunda década del siglo XX, la Sociedad de Mejoras y Ornato tomó la iniciativa de modernizar la plaza y el 2 de noviembre de 1922 presentó un proyecto del arquitecto Alberto Manrique Martín al Consejo Municipal, para el arreglo del Parque y para “*quitar la reja y convertirlo en un jardín de tránsito*” (Ricaurte, 1926: pág. 44). En 1924, se dio inicio a los trabajos que consistieron “*en la construcción de una serie de terrazas provistas de escalinatas, bancos y barandas*” (Pizano, Ibel & Salazar, 1998, pág. 64), “*el retiro de la verja que rodeaba el parque, trasladada posteriormente al Hospital San Juan de Dios*” (Torres, 2008: pág. 28), la construcción de camellones interiores (Torres, 2008: pág. 28) y la construcción de dos terrazas con balaustradas en el costado occidental (Pizano, Ibel & Salazar, 1998: pág. 28). Esta intervención coincide con la realización de los trabajos de canalización del vecino río San Francisco y es perfectamente coherente con ellos; si el río se iba a volver avenida de tránsito automotor era lógico que el parque se volviera jardín de circulación peatonal. La arremetida del progreso, sin duda.

En 1940, el parque sufrió otra remodelación en la que se quitaron las terrazas y las barandas, además se eliminó parte de la arborización del parque y se remplazaron las fuentes de bronce por un trazado de caminos (Pizano, Ibel & Salazar, 1998: pág. 71).

En 1959 se planeó y ejecutó la remodelación que daría el aspecto actual al parque, llevada a cabo por el arquitecto Álvaro Sáenz quien dejó los árboles que todavía existían, un vestigio del diseño de las plazas y jardines del siglo XIX, pero cambio el enlosado del piso e hizo el nuevo pedestal y una única fuente. Dicho trabajo fue completado en 1963 cuando “*la firma Esguerra, Sáenz, Urdaneta, Samper y Cía., como parte del proyecto para el edificio sede para el Banco Central Hipotecario, le dio el aspecto actual al Parque Santander*” (White, 2004, pág. 233). La intervención incluyó el cerramiento de dos calles en torno al espacio central, para dejar de esta manera los costados oriental y sur al uso peatonal: los trabajos concluyeron en 1966 (Pizano, Ibel, & Salazar, 1998: pág. 83).

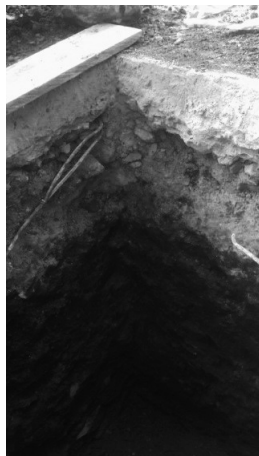
Después de esa fecha el parque solo volvió a ser intervenido en 2015 como parte del programa de Mejoramiento de Espacios Públicos en el Centro de Bogotá del Instituto Distrital de Patrimonio Cultural. En el siguiente plano se pueden

observar las áreas intervenidas que fueron objeto de monitoreo arqueológico en el Parque Santander:



Parque Santander, el polígono indica las áreas intervenidas por las obras civiles.

Los hallazgos en el Parque Santander se hicieron gracias a cinco cortes que realizo CODENSA para la instalación de cuatro postes de luz y el trayecto del cableado; el monitoreo de esta actividad permitió la recuperación de fragmentos cerámicos y fragmentos óseos no humanos. En el primer corte bajo una placa de concreto de 8cms y 25 cms adicionales de recebo se encontró un relleno de tierra suelta con una coloración negra y textura franco-arcillosa que va hasta 1,40 ms; entre 40 a 50 cms de profundidad se encontraron cinco fragmentos cerámicos y doce fragmentos de hueso animal (vacunos), de 50 a 60 cms se encontraron siete fragmentos cerámicos, cinco fragmentos de hueso animal (vacunos) y un diente de equino. Los otros tres cortes, hechos para la instalación de postes de luz, no arrojaron hallazgos.



Perfil estratigráfico
Corte 1.

Para realizar la conexión entre caja y caja se realizaron excavaciones de 40 cms de ancho y longitudes de entre 0.35 y 2.80 ms, alcanzando una profundidad de 55 cms. En la excavación de mayor extensión se encontraron 26 fragmentos cerámicos, 1 fragmento de cobre y 2 de restos óseos animales. El perfil estaba constituido por 12 cms de placa de concreto, 25 cms de relleno y 20 cms de material de relleno, horizonte en el que se encontraron los hallazgos.



Fragmento cerámico,
Parque Santander



Perfil estratigráfico de excavación
para canalización



Restos óseos de animal (vacuno).
Parque Santander



Fragmento de pieza de cobre. Parque
Santander

El análisis clasificatorio del material encontrado permitió identificar fragmentos cerámicos que podrían pertenecer a la época colonial temprana, al estilo altiplano doméstico del tipo desgrasante arrastrado grueso, en el que la

manufactura de la arcilla se caracterizaba por una apariencia burda. Hay otros fragmentos cerámicos que pueden estar asociados al estilo vidriado colonial, periodo en el que las vasijas se elaboraban en arcillas color crema sin desgrasante, mediante la técnica del torno y la aplicación de una capa de plomo que daba como resultado una gama de colores amarillos, verdes y rojos (Therrien et al, 2002).

La historia reciente del Parque Santander está marcada por una muy fuerte influencia institucional que se relaciona en un curioso diálogo con el uso popular y turístico del área. La presencia del Banco de la República que posee edificios en el costado sur y oriente, de la DIAN (antes el Banco Central Hipotecario) y el Edificio Avianca, una torre de oficinas públicas y privadas, define unas características formales serias y rectilíneas que encierran y ahogan el espacio. En contraste la dinámica social le imprime al Parque un inusitado colorido; dependiendo de la administración distrital de turno el Parque se mantiene desocupado o se usa para instalar ferias de libros y ventas artesanales. En este ambiente medran vendedores ambulantes, emboladores, mimos y vendedores de café, bebidas y lotería. La vecindad del Museo del Oro, en el costado oriental, atrae a turistas nacionales y extranjeros que son potenciales compradores para las ventas ambulantes.

La peatonalización del área es un intento fallido, ya que sobre la calle 16, y en menor medida sobre la carrera 6, circulan vehículos constantemente; estos compiten con jóvenes patinadores, peatones y carritos de ventas generando un micro-caos de tráfico que ocasionalmente genera accidentes. La apropiación institucional, formalizada a través de la Fundación Parque Santander, desarrolla tareas de limpieza y mantenimiento del Parque, la fuente y su mobiliario que son contrarrestadas diariamente por las basuras y las deyecciones humanas. A pesar de la presencia institucional, el Parque no cuenta con una apropiación social local; es un espacio de nadie que la gente usa sin mayor cuidado.

Plazoleta del Rosario

La Plazoleta del Rosario es un rectángulo cuyos costados oriental, sur y occidental no están abiertos al tráfico automotor, mientras que el costado norte da hacia la Avenida Jiménez frente al Parque Santander. Esta plazoleta tuvo su origen en la segunda mitad del siglo XX durante la administración del alcalde Virgilio Barco (1966-1969), pero fue sólo hasta el 29 de agosto de 1972 cuando se anunció en la alcaldía de Carlos Albán Holguín, su construcción. La creación de esta plaza fue un proceso que comenzó con la adquisición de los terrenos,

la elaboración de proyectos y la financiación por parte de la administración distrital, además de *“la demolición de los edificios localizados entre la carrera 6 y el volumen oriental del edificio Santafé (carrera 6), la Avenida Jiménez y la calle 14”* (Pizano, Ibel & Salazar, 1998: pág. 81).

Fueron necesidades prácticas, estéticas y de movilidad las que motivaron la creación de esta plazoleta en el contexto urbano, ya que con ella se buscó: *“descongestionar una céntrica zona, dar vista a los monumentos arquitectónicos y solucionar un grave problema de estacionamiento”* (Pizano, Ibel & Salazar, 1998: pág. 81).

En un artículo de la revista Escala de 1973, se informa que el diseño de la plaza fue encargado a la firma de arquitectos Obregón Valenzuela & CIA, mientras que la construcción fue llevada a cabo por la firma Ingeniería y Construcciones Ltda. de Medellín (Anónimo, 1972: pág. 16-A). En dicho reportaje, se explicaba el objetivo primordial así:

...la creación de un parque en una zona conglomerada de la ciudad que permita abrir la fachada del Colegio del Rosario (Monumento Nacional) a la Avenida Jiménez y dotar esta zona congestionada por el tráfico peatonal de estudiantes y de más gentes que frecuentan este sector de un lugar tranquilo sin tráfico de vehículos (Escala, 1973: s.p).

El proyecto contempló la eliminación definitiva del tráfico por la calle 14 y por la carrera 6, que quedarían incluidas en la plazoleta. En cuanto al aspecto general de la plaza el reportaje señala que: *“esta está tratada en distintos niveles conectados por escaleras y en su centro se levanta una fuente luminosa que a la vez proporciona iluminación y ventilación al parqueadero subterráneo”* (Escala, 1973: s.p). En cuanto a los materiales se dice que: *“El piso de la plazoleta está tratado en ladrillo tolete enmarcado en diversos módulos por ladrillo tablón, con jardineras sobre el costado occidental que dejan libres las zonas de circulación peatonal”* (Escala, 1973: s.p).

En cuanto al parqueadero, de gran importancia para la ciudad, se especifica que:

El acceso al parqueadero se diseñó mediante una calzada paralela a la carrera 6 que desemboca a una rampa de doble vía que permite el parqueo sobre la misma en un ángulo de 90°. Esta solución permite una utilización óptima del espacio [...] El ancho de la doble vía es de 8 metros permitiendo un fácil acceso (Escala, 1973: s.p).

En 1974 se le entregó a la ciudad una plazoleta al nivel aproximado del antiguo pasaje Santa Fe con cuatro sótanos para estacionamiento con una capa-

ciudad de 303 vehículos y con comunicación inferior entre los estacionamientos y el Banco de la República. Dicha plazoleta, en comparación con otros espacios similares ubicados en el centro de la ciudad, surgió como una plaza de orden secundario, rodeada de cafés, sitios para la tertulia y por el claustro del Colegio del Rosario.

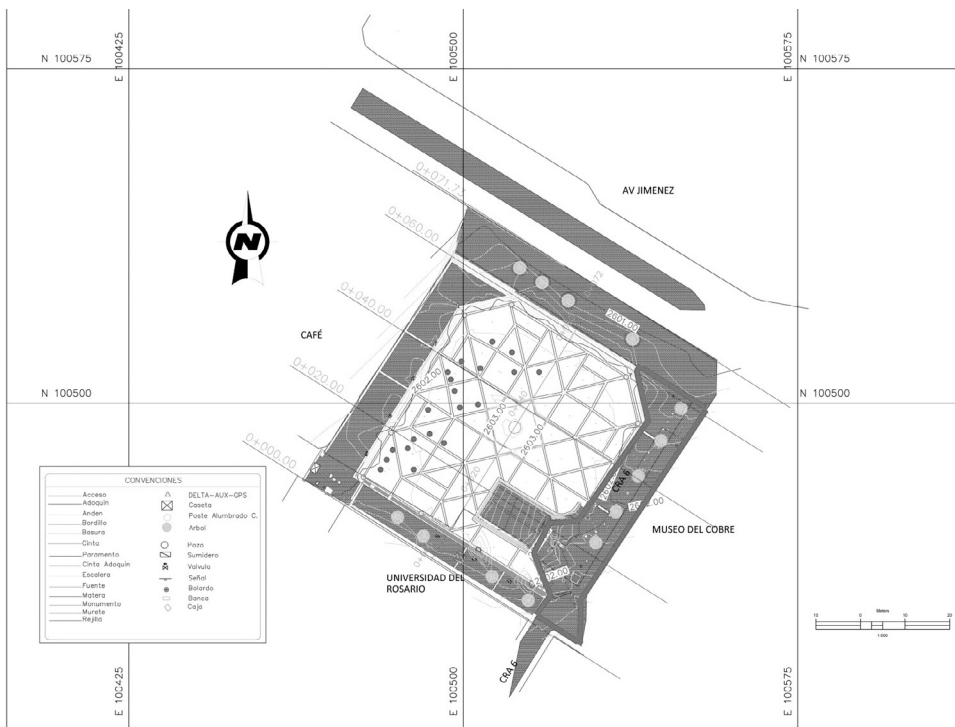
Trece años después de su inauguración se decidió intervenir la plazoleta, dado el estado de abandono en el que se encontraba; sobre esta situación un artículo publicado en *El Tiempo* el 9 de mayo de 1984 destaca que pese a los intentos de los gobiernos locales por estabilizar la plazoleta como: “*un lugar elegante y acogedor*”, la realidad entre 1974 y 1984 era:

La fuente luminosa quizás nunca estuvo encendida. El surtidor de agua apenas ha cumplido su objetivo por breves temporadas, según recuerdan el Vicerrector del Rosario, Álvaro Daza Roa, y el propietario del café “Pasaje”, Jorge Velázquez. Los adoquines del piso, por lo común, se saltan; y los sótanos o parqueaderos, con frecuencia, se inundan. La fuente suele ser ocupada por los gamines, para piscina pública. O se llena de lama verde, repugnante, de papeles y, aún, de llantas viejas. A la gente le da pereza cruzar por esa zona, llamada a jugar un papel dignificante y animoso en la vida capitalina (Cabrera, 1984: pág. 6-B).

Si bien no fue hasta 1987, cuando se llevó a cabo la intervención de la Plazoleta del Rosario, que le daría su aspecto actual, si se sabe que en 1984, se llevaron a cabo algunas reparaciones en aspectos relacionados con los servicios de energía, agua y limpieza, entre otros:

En lo tocante a la plazoleta y a la fuente, el Director de la División de Parques y Avenidas de la Secretaría de Obras Públicas [...] informó que ya está terminado el programa a cargo de las Empresas de Acueducto, Energía y Teléfonos, la primera de las cuales realizó las correcciones de tubería, la segunda repuso los reflectores sumergibles de 550 vatios y revisó los cables; y la tercera hizo la limpieza y la impermeabilización, así como otros arreglos similares.

Finalmente se encargó de la “tutoría” a la División de Parques y Avenidas, la cual reparó la semana pasada los pisos y está analizando una solución para el aposamiento de agua sobre la Avenida Jiménez de Quesada (Cabrera, 1984: pág. 6-B).



Plazoleta del Rosario, el polígono indica las áreas intervenidas en las obras civiles; los puntos representan intervenciones puntuales sobre la plataforma

Ya para 1987, en el marco de las acciones emprendidas por el Plan Centro de Bogotá, un programa de la Alcaldía Distrital creado por el alcalde Julio César Sánchez, la Universidad de los Andes, junto con el Banco de la República elaboraron el proyecto de intervención, el cual consistió en:

Eliminar la fuente central, diseño de un nuevo trazado de pisos y modificar la rampa para acceder a los sótanos solamente a través de la esquina de la carrera 6 y calle 14, con el objetivo de lograr una mejor relación entre la plazoleta y la Avenida. El nuevo tratamiento de pisos se realizó en piedra con dilataciones en ladrillo y la fuente fue sustituida por la estatua de Gonzalo Jiménez de Quesada, trasladada desde la carrera 8. También se instalaron postes de iluminación, bancas y algunos árboles en su contorno (Pizano, Ibel & Salazar, 1998: pág. 86).

En la actualidad la Plazoleta es, sobre todo, un lugar de descanso y tránsito de los estudiantes de la Universidad del Rosario. La construcción de la estación de Transmilenio en la Avenida Jiménez, frente a la plazoleta, acentuó este carácter de lugar de tránsito rápido. El parqueadero subterráneo continúa funcionando, aunque no así la comunicación directa con el Banco de la República. En

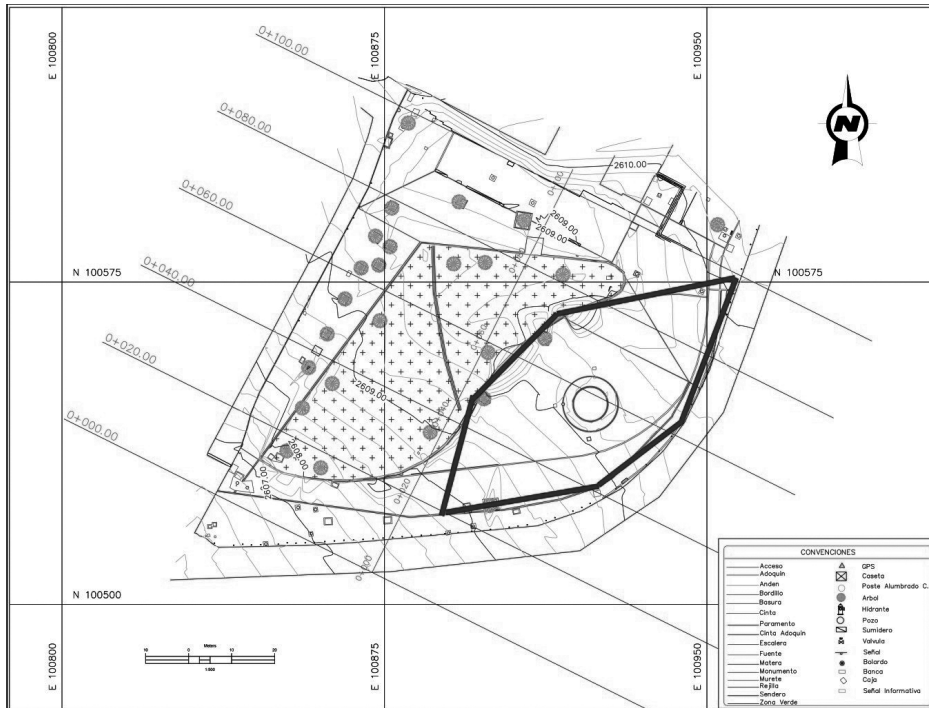
el costado occidental hay varios cafés y restaurantes muy concurridos, entre ellos el tradicional Café Pasaje; el costado oriental está dominado por casas de cambio y el Museo del Cobre, sobre la Avenida Jiménez se instalan vendedores ambulantes y comerciantes de esmeraldas. Eventualmente se hacen aquí mercados de libros y artesanías. Un aspecto que hace a ese espacio particularmente desapacible es la ausencia de mobiliario y áreas verdes; a menos que se use el pedestal de la estatua central o las escaleras del costado occidental, no hay allí donde descansar o sentarse a admirar el entorno.

Parque de Los Periodistas

Este espacio triangular, bordeado en su perímetro oriental y sur por el cauce del río San Francisco se conocía tradicionalmente como Parque de la Romana. Se dice que siempre fue sitio preferido para los encuentros de los periodistas y escritores que trabajaban en los grandes diarios ubicados en la Avenida Jiménez. Con ocasión de la celebración del Sesquicentenario de la Independencia (1969) se trasladó el templete circular con la estatua del Libertador que antes se encontraba en el Parque del Centenario. El Parque ha sido objeto de, al menos, una remodelación con ocasión de las obras del Eje Ambiental. En la época colonial el espacio del Parque hacia parte del sector de Las Aguas, una zona situada en el perímetro del casco urbano, vecina a los molinos de trigo del San Francisco y el convento e iglesia de Las Aguas. Es muy probable que en este sector existieran casas y construcciones. En la época republicana hubo cerca de allí varias fábricas de sombreros, tejidos, papel, jabón, vidrio y cerveza. Adicionalmente se construyeron en este sector dos puentes, el de Las Aguas de 1801 y el puente colgante de Santander de 1879.

Las intervenciones se realizaron en un polígono adyacente a la Avenida Jiménez, alrededor del templete de la estatua del Libertador. Una vez levantado el adoquín se encontraron unas cintas de concreto. La distancia entre una y otra varió entre 4.70 y 5.30 ms y con un espesor de 23 cms. Esta estructura cumplía la función de guía maestra para el diseño del adoquín en una de las intervenciones anteriores. Las excavaciones continuaron hasta los 40 cms de profundidad. Sin embargo, durante el proceso de excavación se observó que entre las zonas de las cintas 3, 4 y 5 se presentaba una filtración de agua, por lo que se decidió seguir excavando; la composición del material encontrado era de relleno con inclusión de escombros. A los 85 cms se halló un bordillo de concreto con unas dimensiones de 3 ms y una altura de 15 cms; a 1.0 ms. se encontró suelo de concreto. Esto indica que en el sector suroriental del Parque de los Periodistas se

han hecho rellenos relativamente profundos (hasta 1.0 ms) en épocas recientes, muy probablemente durante la construcción del Eje Ambiental; no se tenían noticias de estas modificaciones de la topografía en este sector.



Parque de los Periodistas, el poligono señala el area intervenida en las obras civiles



Panorámica Parque de los Periodistas, adoquin levantado

En el sector nororiental del área intervenida se encontró a 25 cms de profundidad una caja de inspección de alcantarillado. Al levantar la placa de concreto, se encontró relleno con material de recebo, bloques de cemento y una tapa de alcantarilla (Ver Foto 38). La orientación de la caja es de 70°, posee unas dimensiones de 1,60 x 1,70 ms, las paredes externas están compuestas de

ladrillo y concreto mientras la cara interna es de concreto liso. Una vez realizada la excavación al interior de la caja, se encontró el suelo a una profundidad de 1,37 ms. La tubería que llega a la caja es de 8 pulgadas y va en dirección al oeste.



Caja de inspección; antes de excavar (izq.) y al terminar la excavación (der.).

En la actualidad el Parque de los Periodistas participa de esa situación ambigua generada por el vecino Eje Ambiental; no hay, excepto por el ocasional vendedor ambulante, una verdadera apropiación social del espacio. Las áreas con prado y árboles están confinadas por muros de concreto de unos 50 cms. de altura, de manera tal que no es fácil para todas las personas acceder a ellas; el resto de áreas adoquinadas son fundamentalmente corredores de tránsito que bordean el Eje Ambiental o lo comunican con la carrera 4 y la calle 17. Esto contrasta con la adyacente zona peatonal ubicada sobre lo que era la calzada occidental de la carrera 3; aquí hay usualmente una gran actividad, tanto en el día como en la noche. De un tiempo para acá el Parque de los Periodistas registra una fuerte incidencia de tráfico y consumo de drogas, lo que ha acentuado su reputación de espacio sombrío y peligroso.

Plaza de Los Mártires

La Plaza de Los Mártires surge a mediados del siglo XIX cuando se decide construir un monumento en honor de los mártires fusilados en el terreno que antes fuera conocido como “Huerta de Jaime”, llamado así por su propietario: el español Juan Alonso Núñez de Jaime o “Jaymes” (White, 2004: pág. 233).

Antes de ser conocida como Plaza de los Mártires, en la huerta de Jaime se llevaron a cabo los fusilamientos de 1816, a raíz de la entrada de Pablo Morillo a la ciudad y entre las personalidades de la historia política que perdieron la vida en ese lugar se encontraban Francisco José de Caldas, José Lozano, José María Cabal, Manuel Ramón Torices, Antonio M. Palacio, Miguel Pombo y Francisco Ulloa. (White, 2004: pág. 233).

Un año después de su creación (1850), se dio inicio al proyecto del monumento que sería diseñado por Thomas Reed. Pero no fue sino hasta el 9 de marzo de 1880 cuando se inauguró oficialmente el monumento de la plaza realizado por Mario Lambardi, muy semejante a los otros proyectos de Reed del siglo XIX. La transformación de la plaza de estilo colonial a parque público le correspondió también a Casiano Salcedo (Paredes, 2011: pág. 33). Esta transformación implicó la creación de jardines, el cerco del parque con una reja y la instalación del alumbrado público.

A finales del siglo XIX, Vergara y Velasco ofrece una descripción del aspecto de la plaza y describe su importancia como lugar de tránsito para conectar la capital del país:

[...] una de las que tiene mejor situación y forma más regular. Mide 126 metros de largo con 106 de ancho. Dista cinco cuadras de la plaza de Bolívar [...] Era un punto de partida de todos los carruajes y de la carga de todas las mercancías que transitaban por el camino a occidente hasta 1878 en que empezaron las obras de embellecimiento de que goza hoy (White, 2004: pág. 239).

Entre los años 1917 y 1919 se hicieron algunas reformas en la plaza por parte de la Sociedad de Embellecimiento. Y, las obras siguieron pocos años después; en 1923 la Sociedad de Embellecimiento reseñaba, a través de su boletín, que ese año se habían realizado en la plaza las siguientes obras:

...la reparación total de los camellones; la construcción de cuatro prados en contorno de la base del obelisco, sembrados de geranio y hierba; y la construcción de sus respectivos camellones de dos metros de ancho, y sus sardineles de piedra y ladrillo en una extensión de 45 metros; se contemplaron también los sardineles de los prados en una extensión de 240 metros; en el costado Oriental [...] se hicieron 3 prados nuevos que sirven de decoración al carrusel; se repararon 12 bancas de armadura de hierro [...] y por último se puso una nueva instalación de acueducto para surtir de agua la pila y para atender a la irrigación de los prados. (Anónimo, 1923: pág. 75).

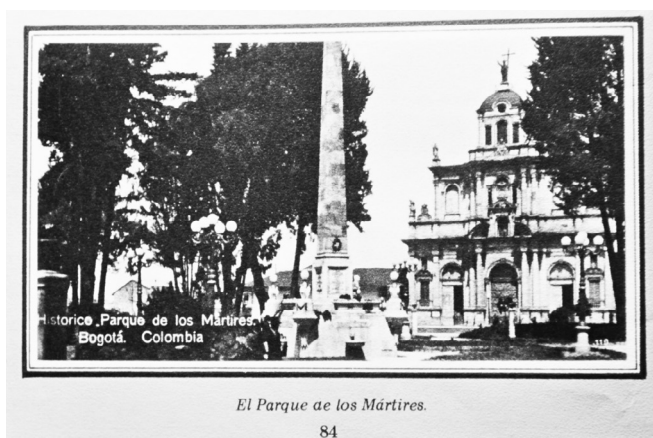
Gracias a esta descripción se sabe que, a principios del siglo XX, la plaza conservaba el modelo del siglo XIX y con ello la importancia de la vegetación y flora como elementos del parque público; además la mención a la pila de agua recuerda la gran importancia de este elemento en el ornato de las plazas.

Tiempo después, otro boletín de la Sociedad de Embellecimiento informa sobre reparaciones adicionales en la Plaza de los Mártires, en este caso motivadas por la conmemoración del décimo aniversario de la sociedad. Entre los años 1927 y 1928 la Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá emprendió unas

reformas que incluyeron la instalación de candelabros, construcción de andenes y camellones, el retiro del carrusel, la construcción de un espejo de agua y el mantenimiento del monumento (Torres, 2008: pág. 24).

Respecto a la transformación de esta plaza, menciona el discurso de Julio Garzón Nieto, presidente de la Sociedad de Embellecimiento, lo siguiente:

Podéis contemplar [...] la vetusta Huerta de Jaime, consagrada a los mártires, ha renacido a la vida y en ese venerado lugar que recibió el último suspiro de nuestros héroes magnos, hace una centuria, ha llegado a manos piadosas de esta institución que con cariño [...] cultiva las plantas germinadas en la tierra humedecida por la sangre de los bravos patriotas [...] Ved ahora ese parque restaurado con respeto, pero embellecido y alegrado por muchos candelabros que parecen recordar otros tantos patíbulos. Y este parque que hoy inauguramos es la coronación de un esfuerzo, aquí no veis derroche de lujo pero sí un cambio radical de la antigua plaza que con su mercado y sin pavimentos parecía de misérrimo pueblo, sustituida por un lugar que por lo menos no desdice de la ciudad (Anónimo, 1927: pág. 5).



Parque de los Mártires Autor: Anónimo, 1920, Fuente: 75 Años de Fotografía 1865-1940. Reproducido por: Roberto Herrera de la Torre (1988) Fondo CEAM / Archivo Museo de Bogotá Registro: MdB13827

Un año después, en 1928, el Boletín de la Sociedad de Embellecimiento describe algunas obras que siguieron haciéndose en la plaza, reinaugurada un año antes:

La Comisión de Parques en su deseo de modernizar este parque no ahorró esfuerzos y [...] se hizo la obra, quedando dotado de las comodidades que se imponían por ser este sitio uno de los más habitados por los estudiantes de las diferentes universidades de la ciudad: en él se construyó un pequeño lago rústico al costado oriental [...] en su totalidad quedó compuesto de 24 prados sembrados en su mayoría de

grama, y ornamentados con una variedad de plantas de jardín de diferentes clases florales. Tiene también una dotación de alumbrado instalada en 16 candelabros de armadura de cemento con una lámpara [...] y cuatro elegantes candelabros en contorno del obelisco dotados de 5 lámparas cada uno [...] el alumbrado aéreo se compone de 24 lámparas y en general se puede asegurar que este es uno de los parques mejor alumbrados de la ciudad.

Para su ornamentación se construyeron 6 pilastras de piedra de labor, las que llevan jarrones de cemento armados pintados en imitación bronce. Dos bancos de piedra situados sobre la pradera alta del lago; 13 bancos rústicos contruidos de los troncos de los árboles y diseminados en torno a las praderas y 12 bancas de armadura de hierro distribuidas en la parte central del parque. (Anónimo, 1928: pág. 72).



Parte del Parque de los Mártires en 1938. Al fondo el Templo del Voto Nacional, y a la derecha el Obelisco a los Mártires.

Parque de los Mártires, Autor: Anónimo, 1938. Fuente: Del Bogotá de Ayer y de Antier Reproducido por: Julio Barriga Alarcón (1987) Fondo CEAM Archivo Museo de Bogotá, Registro: MdB13800

A finales de la década de 1940, el Parque de los Mártires había sufrido varias transformaciones, como lo cuenta una crónica escrita por Gustavo del

Castillo en 1948, en la que da testimonio de como el parque de antaño, consagrado como espacio público y consagrado a la naturaleza, había pasado a ser una zona comercial, terminal de transporte:

El solariego Parque de los Mártires ha venido a convertirse hoy en estación sureña de la 'Avenida Caracas' merced al impulso rápido y progresista iniciado por las autoridades municipales. El perímetro, antaño arborizado, hoy es residencia de vehículos, oficina de fotógrafos ambulantes y plaza mercantil al por menor de fruteros, heladistas y bomboneras, entre un continuado deambular de campesinos, obreros, gitanos, vagabundos y burgueses, que le restan el aspecto melancólico que ha poco poseyera, aumentado por el chillido de los guatos migratorios en las horas del atardecer (Castillo, 1948: pág. 12).

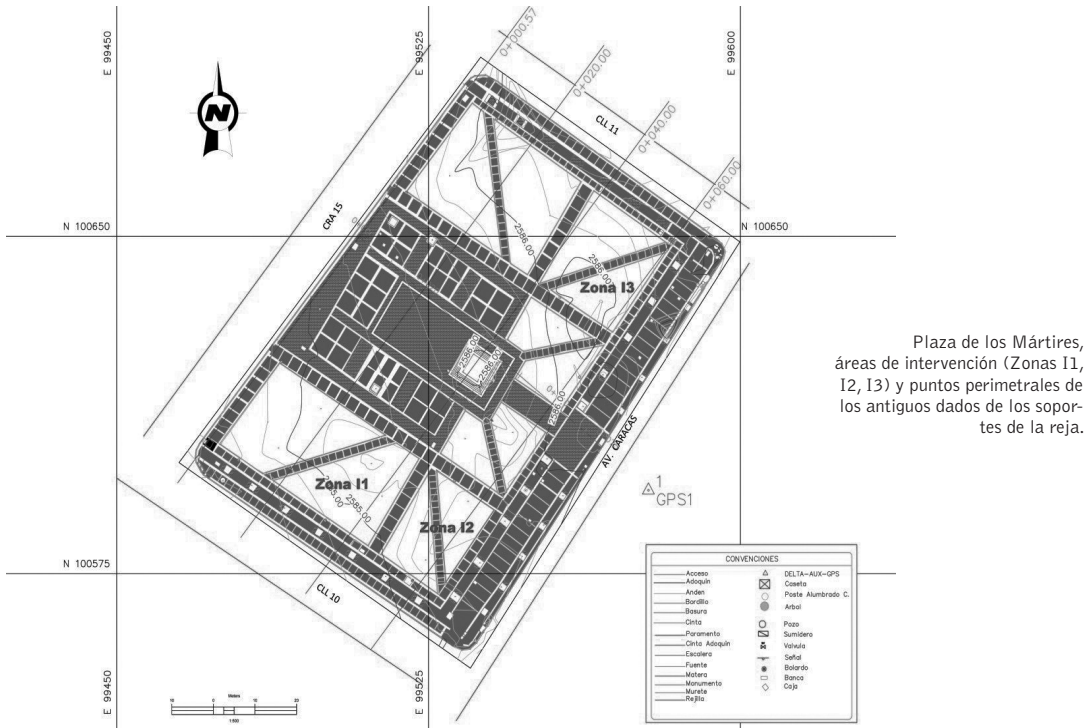
Más adelante, Gustavo del Castillo recuerda el origen de la plaza y hace una descripción de los principales cambios que había sufrido el recinto y como habían variado los edificios a su alrededor.

El recinto legendario, glorificado por la historia, se hallaba circundado de una verja colonial y el monumento en cuya base están grabados los nombres de los próceres sacrificados [...] Al frente en el local que ahora ocupa la Escuela de Medicina, se hallaba una quinta que servía de cuartel a la Escuela Militar [...] Posteriormente en uno de los rincones de este parque, en los días festivos daba vueltas el curioso carrusel del señor Marcos Peinado, aparato compuesto de diversidad de animales de madera [...] ensillados con multicolores galápagos [...] En su esquina suroeste, moderadamente convertido en gabinete de química, se erigió un circo de toros en el cual realizaron sus faenas Manacho, Piedra Cacheta, Chamuparro, los hermanos Sotos y muchos otros aficionados, al arte de Pepe Hillo. (Castillo, 1948: pág. 12).

Como lo describe la crónica, la Plaza de los Mártires gozó de gran vida como espacio de esparcimiento con el carrusel y el circo de toros y así era recordada por este cronista. Con motivo del Sesquicentenario de la Independencia Nacional, la Ley 95 de 1959 ordenó una nueva remodelación de la plaza; en esta etapa, *“la más significativa obra que se llevó a cabo fue la reparación del pedestal del monumento y su traslado al costado occidental”* (Torres, 2008: pág. 24)

Por otra parte, el desarrollo urbano y la ampliación de la malla vial afectaron a la Plaza de los Mártires; las obras de la Avenida Caracas determinaron que el parque fuera fragmentado en dos partes. El obelisco fue encerrado, por segunda vez, con una verja de hierro y se desplazó hacia el costado occidental, junto al templo del Voto Nacional. Además, la plaza se complementó: *“con la siembra de nuevos árboles y senderos y una moderna instalación de alumbrado*

público que generó la supresión del parqueadero en que se había convertido el parque”. (Torres, 2008: pág. 24)



La nueva reinauguración de la Plaza de los Mártires se efectuó el 17 de Julio de 1960, como parte de los actos del Sesquicentenario. Estos trabajos de embellecimiento se vieron ensombrecidos por el paulatino deterioro del espacio a partir de la década de los 60; la profusión de agencias de flotas intermunicipales generó un tráfico muy denso y las zonas al oriente, sur y occidente de la Plaza se convirtieron progresivamente en sectores afectados por el tráfico de drogas, la compra y venta de objetos robados y la prostitución. Para la década de 1990 la situación llegó a un punto crítico que fue manejado por las autoridades distritales con la demolición del sector del “Cartucho”, la construcción del Parque del Tercer Milenio y el desplazamiento de una gran cantidad de indigentes y recicladores. Estas medidas no lograron el objetivo de rehabilitar la zona que sigue hasta ahora siendo una de las áreas más deterioradas y de mayor peligrosidad de la ciudad.

Las obras de mejoramiento de 2015 se realizaron en tres sectores (esquinas suroriental, nororiental y costado sur). En el sector nororiental de la Plaza se encontraron cuatro tramos de bordillo de concreto de 20 cms de ancho y lon-

gitudes de 5.40, 6.70, 8.00 y 5.40 ms. Los bordillos forman pares; en cada par, uno de ellos está orientado en dirección 124° y el otro en dirección 158°, en los extremos que dan hacia el exterior de la plaza los bordillos se curvan hacia dentro para cerrar el espacio formando una figura similar a un pétalo. En la esquina noroccidental de la plaza, se encontraron dos bordillos con unas dimensiones de 15 cms de ancho y una longitud de 9.0 y 5.50 ms. A medida que se continuo con la excavación quedaron a la vista 6 placas de concreto de 3,30 x 2,80 ms que corresponden al suelo del diseño anterior. En la porción suroccidental de la plaza, se encontró, a una profundidad de 25 cms, una placa de concreto con un diseño similar al de los bordillos. Esta estructura marca una separación entre el sardinel y el pavimento; a 15 cms de esta se encontró el suelo, compuesto por placas de concreto con diferentes dimensiones.

Con base en el testimonio de uno de los trabajadores de la obra, que ha vivido en el sector toda su vida, y con la información hallada sobre la historia de la Plaza se llegó a la conclusión de que se trata de los remanentes de los bordillos que delimitaban las áreas de prado de la plaza en la época en que está se encontraba enrejada y tenía cuatro entradas, una en cada esquina. Esta configuración posiblemente data de 1960 cuando se realizó la penúltima remodelación general de la Plaza y subsistió a la ampliación de la Avenida Caracas en 1967. Los remanentes de las rejas de la Plaza de los Mártires fueron retirados a finales de la década de 1990 a la par con la demolición del Cartucho; es probable que también entonces se cambiara el diseño de las áreas de prado delimitadas por los bordillos hallados.



Remanentes de bordillos y placas de concreto del piso anterior.

Sobre el andén de la Plaza se encontraron expuestos 115 dados, las bases de las estructuras que funcionaban como rejas en el diseño anterior de la Plaza de los Mártires; las dimensiones de los dados varían entre los 0,42 y 0,44 cms a 0,52 y 0,55 cms, el diámetro del tubo de acero es de 13 cms. La distancia entre dado y dado es de entre 2,60 y 2,70 ms.



Dados de los
tubos de acero que sos-
tenían la antigua reja.

Las operaciones que definieron la demolición del Cartucho y la construcción del Parque del Tercer Milenio en la banda oriental de la Avenida Caracas no lograron detener el deterioro del sector de la Plaza de los Mártires. El tráfico de drogas, la prostitución y el comercio de objetos robados se desplazaron a la calle del Bronx y, tras la intervención de esta, se diseminaron por todo el sector. El espacio de la Plaza de los Mártires permanece ocupado por indigentes y consumidores de drogas que son difícilmente mantenidos a raya por los comerciantes de la vecindad. Disfrutar de este espacio como sitio de esparcimiento es imposible, ni siquiera la presencia del batallón de Policía Militar, en el costado sur, logra disuadir la delincuencia. El panteón de los Mártires, en el costado occidental aún funge como escenario de celebraciones patrias, pero su acceso requiere de operativos de seguridad. Se trata, mal que bien, de una apropiación social de un espacio público, aun si se hace por parte de un sector marginado de la sociedad.

Plaza de Armas de Las Cruces

La Plaza de Armas de las Cruces, está ligada a la formación del barrio de Las Cruces y a la historia de su iglesia, ofrecida al Señor del Despojo, reverenciado por los militares y nombrado como Jefe de Plaza y defensor de la ciudad. La Plaza fue creada de manera oficial por el gobierno nacional mediante decreto no. 30 de 1886, como Plaza de Armas de Bogotá, adornada con una estatua fundida en bronce, del capitán de la independencia Antonio Ricaurte.

Según Ximena Ángel, la Plaza de Armas o de Las Cruces no ha variado mucho desde su origen como plaza republicana y está rodeada por tres iglesias: la de las Cruces, la del Carmen y la de la Santa Trinidad. La segunda fue consagrada como el Santuario Nacional de Nuestra Señora del Carmen, patrona de las Fuerzas Armadas; fue construida por primera vez en 1665, destruida en 1826 por un terremoto y reconstruida en 1835 en su localización actual. En 1915 se

erigió el templo actual realizado con el apoyo de particulares y del Ministerio de Guerra. La de la Santa Trinidad, ubicada sobre el costado oriental de la Plaza, fue promovida por las Hermanas Terciarias Dominicanas y se terminó de construir en 1927. Hay también un teatro ubicado en el costado occidental del marco de la plaza; funcionó desde 1956 hasta 1986. Además, el parque cuenta con servicios como los estacionamientos de acarreos en el costado sur de la plaza, función que se conserva desde el momento en que la plaza funcionaba como mercado. Hay por último, unas canchas múltiples localizadas en el costado suroccidental de la plaza, construidas a principios de la década del 80 por la Secretaría de Obras, División de Parques y Avenidas. (Angel 2000, s.p).

En 1911 se instaló la pila de agua, conocida como la “Fuente de la Garza”, importada de Nueva York desde 1875. En 1927, con motivo del décimo aniversario de la Sociedad de Embellecimiento, la Plaza de las Cruces fue remodelada y rebautizada con el nombre de Parque Girardot:

Los trabajos contaron con la colaboración de la junta de mejoras públicas de Las Cruces. Las obras que se llevaron a cabo sirvieron para resaltar la belleza de la fuente en el remodelado parque, pues fue reparada y limpiada. Además allí se conformaron catorce prados, donde se sembró una gran variedad de flores y de árboles, separados por camellones con sus respectivos sardineles, con algunos cercados en madera y con bancas de armadura de hierro (Torres, 2008: pág.43).

La tradición oral recogida entre los vecinos del barrio da cuenta de la existencia de un pequeño escenario deportivo, aparentemente construido por la Junta de Acción Comunal y en el cual esta entidad organizaba semanalmente espectáculos de boxeo, lucha libre y otros. A estas sesiones asistía mucha gente del barrio y de otros sectores vecinos como Los Laches, el Policarpa Salavarrieta, el Olaya Herrera, etc. Este cuadrilátero funcionó aparentemente entre 1950 y 1980. Con el tiempo se suspendieron los espectáculos y la estructura cayó en desuso; finalmente fue sepultada bajo el relleno con el que se construyeron los dos niveles de terrazas artificiales de la esquina suroriental de la Plaza.



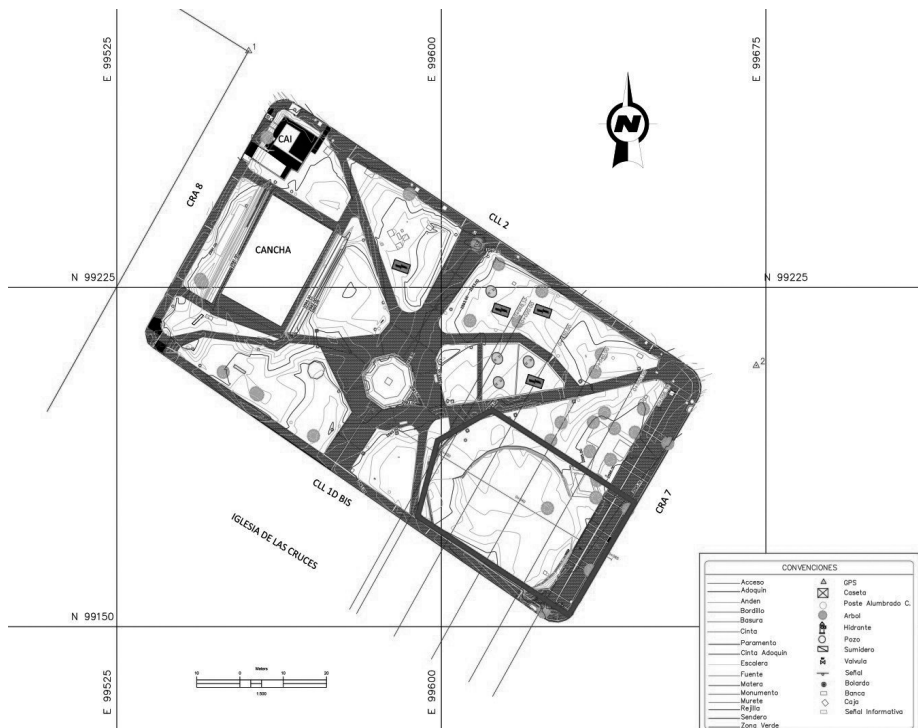
Plaza con la vieja iglesia, Año 1890, Archivo General de la Nación, Atlas Histórico de Bogotá 1538-1910.



Plaza de las Cruces, Año: 1930. Atlas Histórico de Bogotá 1538-1910

La Plaza de Las Cruces fue también el lugar donde se instaló la primera bomba de gasolina de la ciudad de Bogotá, la instalación constaba de un pequeño tanque metálico enterrado, unido a un surtidor mediante tubería y bomba manual y estaba localizada en la esquina nororiental de la Plaza. El surtidor se mantuvo en su lugar tiempo después de que cayera en desuso, hasta cuando fue robado. Actualmente en el lugar solo subsiste la parte superior de la tubería de bombeo del combustible rodeada por un corral metálico que se colocó para protegerla.

Las intervenciones en este espacio se concentraron en la zona suroriental de la plaza y sobre el andén de la carrera 6. En este mismo sector, a 20 cms de profundidad se encontró una caja de inspección que albergaba una tubería de gasolina, parte de la bomba que funciono en este sector.



Plaza de Armas de Las Cruces, el polígono señala el área intervenida en las obras civiles

A una profundidad aproximada de 70 cms. bajo la superficie de la terraza artificial en proceso de demolición se realizó el hallazgo de una hilera de baldosas de 34 cms. de ancho; se continuó descubriendo el resto de la estructura que resultó ser el antiguo cuadrilátero de la Plaza. La estructura está conformada

por una plataforma de concreto de 6 x 6 ms. rodeada por tres de sus lados por un corredor de 1.50 ms. y tres niveles de graderías con sillín de baldosa de gres. Las esquinas de las graderías están redondeadas. En las cuatro esquinas de la plataforma central (el cuadrilátero) hay tubos metálicos de 3 pulgadas que conservan algunos de los ganchos soldados que servían para sostener y tensar las cuerdas. Su extremo oriental está a una distancia perpendicular de 13.0 ms. del borde interior del sardinel de la carrera 7 y su extremo sur a 9.10 ms. del borde interior del sardinel de la calle 1D Bis. El tramo de graderías más alto de la estructura está a 2 cms. por encima del nivel del sardinel de la carrera 7.



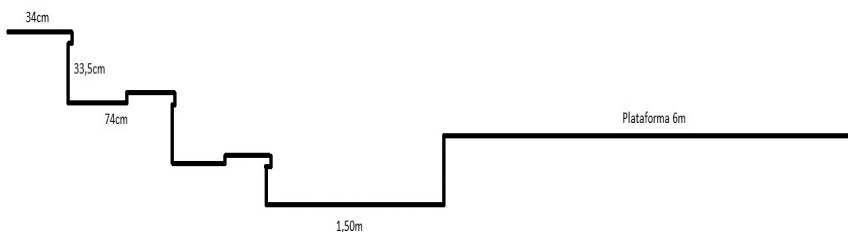
Levantamiento de adoquín, hallazgo de caja con tubería de gasolina a 20 cms. de profundidad



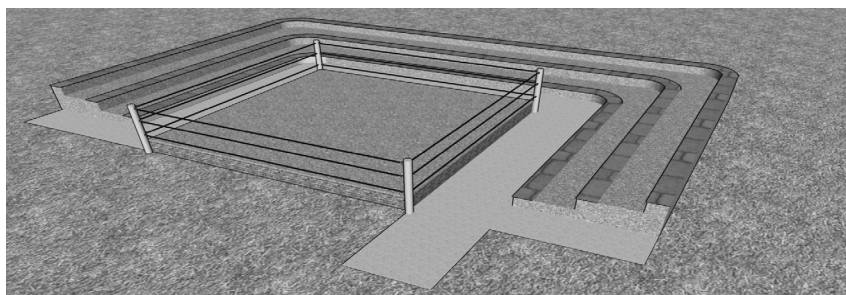
Cuadrilátero, sección central y parte de las graderías



Aspectos de la estructura, plataforma central y esquina suroriental del cuadrilátero



Perfil de la estructura del cuadrilátero, graderías laterales (un sector) y plataforma central.

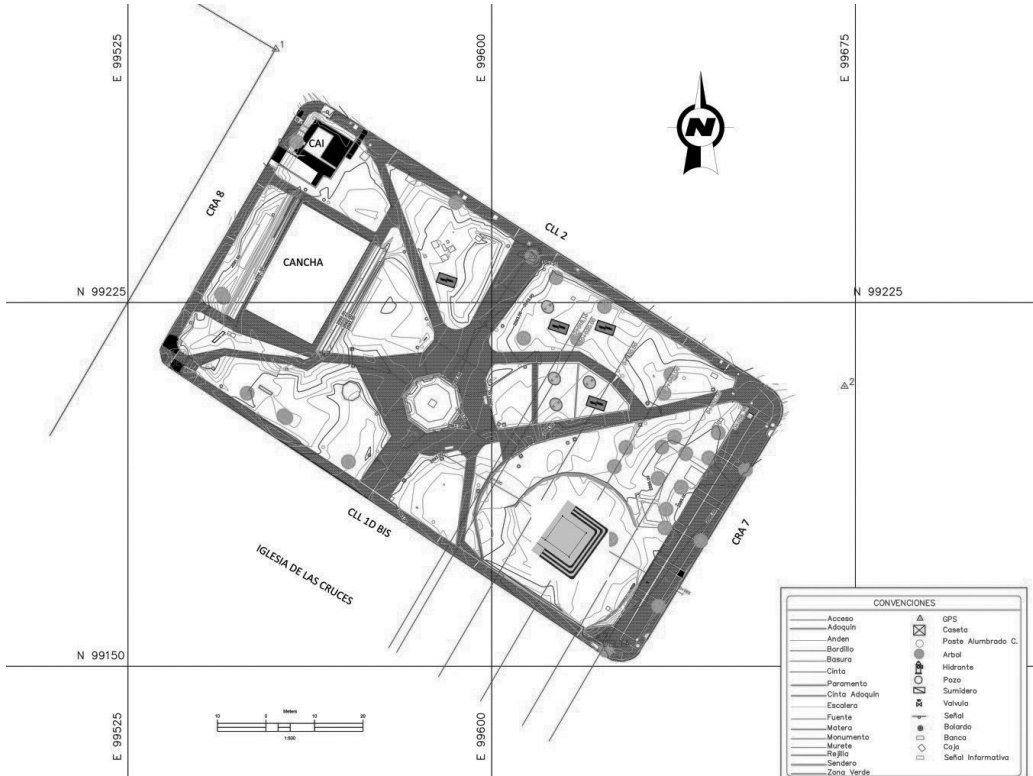


Reconstrucción 3D del cuadrilátero como debió lucir en la época en que allí se desarrollaban espectáculos de lucha y boxeo.

La estructura es representativa de una tradición cultural de este barrio, vigente por unos 30 años, según el testimonio de los habitantes. No obstante, se encuentra en muy mal estado de conservación, ya que fue parcialmente demolida cuando se enterró bajo el relleno de la terraza. La plataforma central está ahuecada, las graderías incompletas y desportilladas, los tubos del cuadrilátero cortados y doblados.

Desde el punto de vista arquitectónico la Plaza de Las Cruces es una mezcla, no muy bien lograda, de diversos estilos y funciones. Hay áreas verdes y arborizadas, canchas deportivas, una fuente neoclásica, un CAI de Policía sin mérito alguno, aceras adoquinadas, caminos en concreto, etc. La apropiación del espacio es igualmente variada; la esquina suroriental es de los camiones de acarreo y mudanzas, al occidente están las áreas de deportes y la Policía, en el resto del área hay caminos peatonales usados por adolescentes del barrio. Las enormes iglesias dominan el panorama, aunque en verdad no parecen recibir mucha clientela. Las calles que bordean la plaza mantienen un activo comercio.

Hay en el sector cierta preocupación por la incidencia de la delincuencia y el consumo y tráfico de drogas.



Esquina suroriental de la Plaza de las Cruces, detalle con la ubicación del cuadrilátero

Plaza del Chorro de Quevedo

El sector que hoy se conoce como la Plaza del Chorro de Quevedo y su entorno figuran en la historia de Santafé desde la época misma de la llegada de los conquistadores europeos y la fundación de la ciudad en 1538. Los datos sobre el sitio no son precisos ni detallados y esto ha dado lugar a un buen número de hipótesis y confusiones. Martínez (1987) y otros sostienen que este era el lugar del asentamiento muisca de Teusaquillo (Tybsaquillo), un poblado indígena de cierta importancia en el que el Adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada determinó situar una guarnición militar; esto es muy coherente con el hecho de que esta aldea estaba ubicada loma arriba de la ciudad blanca recién fundada, lo que le otorgaba una ventaja estratégica en caso de una insurrección; para los

españoles era imprescindible mantener control sobre las poblaciones indígenas vecinas y prevenir ataques sorpresivos.

El establecimiento de la guarnición militar europea dio pie para la primera de las confusiones que han rodeado la historia del sector y que consiste en postular que este fue el lugar de la fundación inicial de Santafé. Tal afirmación ha sido rebatida por varios historiadores (Martínez, Zambrano, Ortega Ricaurte) para quienes el lugar del Chorro era el asiento del Pueblo Viejo o pueblo indígena, pero no el sitio de la fundación de la ciudad europea; no hay realmente ninguna evidencia histórica o arqueológica que apoye esta hipótesis. Durante la Colonia el Pueblo Viejo de Teusaquillo quedó por fuera del perímetro urbano original de Santafé y continuó mencionándose como tal, al menos por 60 años después de la fundación de la ciudad; aun hoy la calle 14 (antigua nomenclatura, hoy calle 12C) se llama Calle del Pueblo Viejo, pues era la que comunicaba este sector con Santafé. No se sabe cuánto tiempo pudo durar allí la guarnición militar de Jiménez de Quesada, pero no debió ser mucho porque la amenaza real de un ataque indígena a la ciudad desapareció muy pronto; los muisca vecinos de la ciudad blanca fueron diezmados, evangelizados y sojuzgados rápidamente. No es probable, sin embargo, que el sector quedara completamente deshabitado; en los mapas de finales del siglo XVIII (Domingo Esquiaqui, Carlos J. Cabrer) el sector de Pueblo Viejo se representa, por fuera de la ciudad, pero con vías de acceso y áreas construidas.

Esta situación, en los extramuros de la ciudad, dejó al sitio del Chorro de Quevedo por fuera del desarrollo urbano por mucho tiempo. Lo que hoy se considera una de las plazas o plazuelas más tradicionales de Bogotá no tuvo tal categoría, ni se menciona en las listas de los espacios públicos de este tipo en la ciudad; como plaza no aparece en los mencionados planos de Esquiaqui y Cabrer, y ni siquiera en el proyecto para la defensa militar que se realizó después de la Revolución de los Comuneros. Parece ser que el sitio perdió a lo largo de la Colonia incluso su original importancia estratégica militar.



Plano geométrico de Santafé por Vicente Talledo y Rivero, 1810

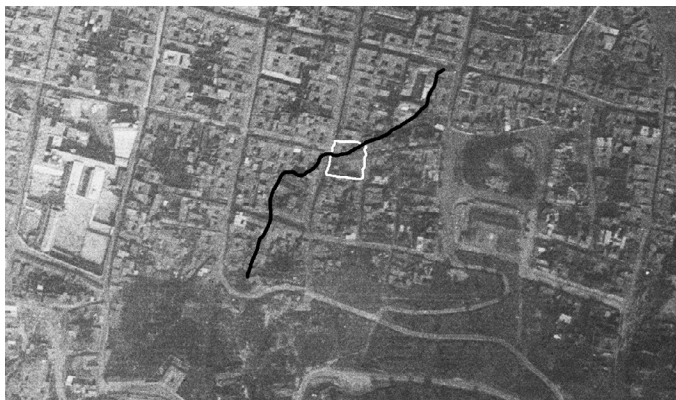
El lugar solo se menciona en la lista de pilas y chorros de la ciudad en el siglo XIX; a principios de la República hacía parte del barrio del Príncipe; el lugar estaba cruzado por la Quebrada San Bruno, afluente del río San Francisco y tenía un puente. Al parecer el Padre Quevedo, un agustino, construyó la pila y el puente en ese lugar en 1832 para beneficiar a los vecinos. El Chorro, o pila, estuvo en funcionamiento hasta el año de 1896; entonces, durante una creciente de la Quebrada San Bruno, se derrumbó el muro oriental del puente impidiendo el paso del agua y arruinando la pila. En algún momento posterior, no bien determinado, la pila fue reconstruida y funcionó por algún tiempo más; no obstante, las pilas en Bogotá comenzaron a volverse obsoletas por la construcción del acueducto con tuberías de hierro con conexión domiciliaria de la concesión de Ramón Jimeno (1888). Poco después, en los albores del siglo XX, la canalización del río San Francisco determinó que sus tributarios, entre ellos la Quebrada San Bruno, fueran también parcialmente canalizados. El tiempo de las pilas y los chorros había pasado; la pila del cura Quevedo desapareció en algún momento no bien establecido, entre principios del siglo XX y 1940, pero su recuerdo sobrevivió.

Hacia principios del siglo XX el sector del Chorro de Quevedo estaba, más o menos, integrado a la estructura urbana, como lo muestra el Plano Topográfico de Bogotá de 1910 de Alberto Borda Tanco; aunque las calles aún no seguían el patrón de retícula del resto de la ciudad. Es muy probable que el sector fuera afectado en algún grado por las obras del Plan del Centenario que se implementó en esta área con el sub-proyecto del Paseo Bolívar (hoy Avenida Circunvalar) a partir de 1937; este ordenamiento de la parte alta de la ciudad terminó de integrar al antiguo Pueblo Viejo con la ciudad; en una fotografía aérea de 1940 ya se observa el trazado de calles ajustado al damero urbano (ver más adelante).

Un elemento fundamental en la fisonomía del sector durante mucho tiempo, hoy completamente obliterado, fue la Quebrada San Bruno. Este curso de agua nace en las laderas del cerro de Guadalupe y discurre en su primer tramo en sentido oriente-occidente. Su zanjón marca el límite norte del barrio Egipto hasta llegar a la Avenida Circunvalar. Actualmente solo este tramo del curso es observable, de allí en adelante la Quebrada San Bruno está canalizada hasta su desembocadura en el canal del río San Francisco (Avenida Jiménez). En la época del acueducto de Ramón Jimeno (1888) parece ser que la Quebrada se usaba para alimentar el tanque de Egipto, pero debió existir un desagüe del tanque que le permitía seguir corriendo loma abajo, como se ve en la mencionada fotografía aérea de 1940. El canal actual pasa por debajo de la Universidad Externado y la calle 12 y llega a la esquina suroccidental de la Plaza del Chorro, justo frente a la Ermita del Príncipe; desde allí se dirige al norte y pasa bajo el callejón noroccidental de la plaza y bajo las casas que dan frente a la calle 12C (antigua calle de Pueblo Viejo) en su curso hacia el San Francisco.

La canalización de la Quebrada no se realizó en una sola etapa. La primera fase de canalización involucró solo la parte inferior de su curso en la confluencia con el río San Francisco, en donde se presentaban inundaciones, y coincidió, por tanto, con la canalización de este último en la etapa que se cumplió entre 1921 y 1927 (Atuesta, 2011). El curso medio de la Quebrada, a partir de la salida del tanque de Egipto incluyendo el paso por el sector del Chorro permaneció descubierto hasta poco después de 1940, como lo atestigua la fotografía aérea C-604-0057 de 1940. Sin embargo, para la época en que comienzan los recuerdos de Pedro Enrique Garzón y María Sabina Ramírez, alrededor de mediados de la década de 1940, ya la Quebrada no era visible en el sector del Chorro, pero sí más abajo, donde están los baños y sale a la antigua calle 14 (hoy 12C). Hubo pues, una segunda etapa de canalización que incluyó el sector de la plaza del Chorro y probablemente el resto del curso aguas arriba hasta la curva de la calle

12 (poco después de 1940) y una tercera etapa en la que se canalizó el tramo entre el sector del Chorro y la primera canalización contigua a la Avenida Jiménez.



Fotografía aérea C-604-0057 de 1940. Resaltado en negro el curso visible de la Quebrada San Bruno, enmarcado en blanco el sector de la Plaza del Chorro de Quevedo.

Con la canalización de la Quebrada en el sector del Chorro de Quevedo este espacio debió cambiar considerablemente; por un lado, desapareció el obstáculo al tránsito y, por otro, creció el área utilizable con la desaparición del zanjón. Solo entonces fue posible rellenar el espacio, labor que debió hacerse poco después de la canalización. El relleno, observado en el perfil estratigráfico, consta de recebo y escombros, como fragmentos de teja y ladrillo, consistentes por su manufactura con el tipo de materiales usados en Bogotá en esa época. El relleno disminuyó la pendiente de la plaza dándole su actual topografía de plano con inclinación suave oriente-occidente. En la parte occidental, donde el relleno es más profundo, este alcanza hasta 1.7 ms. (1.54 ms. registrados en el perfil). La superficie de la plaza que conocieron Pedro Enrique y María Sabina correspondió a este relleno. En esta época la Plaza del Chorro no tenía fuente; se trataba de un espacio comunal en el que había varias chicherías en las que acostumbraban parar los arrieros de burros aguateros en su camino de subida y bajada hacia la ciudad. Se cuenta que traían, en vasijas de barro, agua muy pura del Chorro de Padilla y del páramo y también traían carbón de leña de unas carboneras ubicadas cerro arriba. Las casas que bordeaban el espacio eran viviendas sencillas, ranchitos de un piso con una o dos piezas. Sobre la calle 12, donde hoy está la ermita y en el predio siguiente hacia occidente había dos casas muy grandes, inquilinatos en los que existían 15 o 20 piezas de alquiler, en cada uno. También se cuenta que uno de ellos fue prostíbulo. Pedro Enrique y María Sabina recuerdan un ambiente tranquilo y sin problemas.



Contenedor para árbol que permite apreciar la estratigrafía de la Plaza

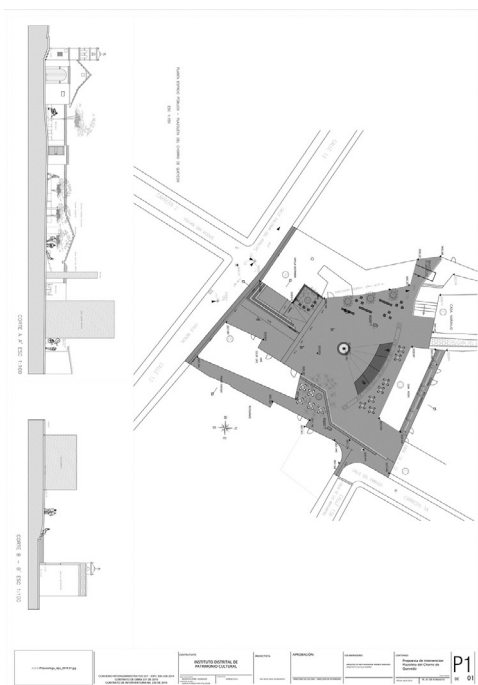
La apariencia actual de la plaza del Chorro de Quevedo se debe, en particular, a un personaje: el abogado boyacense Eduardo Mendoza Varela. Escritor y erudito, nacido en Guateque en 1919, Mendoza Varela estableció su residencia en el casco histórico de Bogotá y dedicó buena parte de su vida a trabajar por la ciudad antigua. Hacia finales de la década de 1960, Mendoza Varela logró adquirir una de las grandes casas de inquilinato sobre la calle 12, la que hizo demoler. En su lugar se propuso construir una capilla, pero no cualquiera, sino una que reviviese la memoria de uno de los más importantes hitos arquitectónicos de Bogotá, torpemente demolido a fines del siglo XIX: la capilla del Humilladero, originalmente ubicada en la esquina noroccidental de la Plaza de las Yervas, hoy Parque Santander.

La obra incluyó la instalación de una fuente de piedra, recuerdo del primitivo chorro del padre Quevedo, y la pavimentación de toda la superficie de la plaza con cantos de río (o piedra-bola). Para 1969 se había creado la plaza “colonial”. Es muy probable que esta reconstrucción no guarde similitud alguna con el aspecto original de este sitio en el siglo XIX ni con su aspecto ya modificado con la Quebrada San Bruno canalizada y el suelo rellenado y nivelado. El hecho es que esta imagen fue la que se fijó en la mente de los bogotanos, sitio en el cual adquirió bien pronto, la cualidad de lugar “tradicional”. En el perfil estratigráfico esta intervención quedó registrada con un mortero de nivelación, una placa de concreto base, el mortero de pega y el pavimento de cantos de río.



Izquierda, la ermita del Príncipe en la Plaza del Chorro de Quevedo. Derecha, la capilla del Humilladero en el Parque Santander, grabado del siglo XIX.

Pese a lo artificial que pueda parecer la obra, lo cierto es que, para los vecinos del sector, la transformación tuvo un sentido importante. La capilla se convirtió en un lugar de culto en el que se celebraban eucaristías, bautizos y otros sacramentos y se recibían allí las procesiones que bajaban desde la parroquia de Egipto; la cercanía de la nueva capilla era importante porque a varias cuadras a la redonda no había otra. La apropiación de este espacio por la comunidad, desde este sentido religioso, generó una nueva dinámica social que marcó la vida del sector en las siguientes décadas. No fue solo la capilla, sino la plaza y las calles vecinas las que resultaron apropiadas de esta forma.



Plaza del Chorro de Quevedo, toda el área sombreada fue intervenida

La segunda gran intervención ocurrió en 1985; en ese año la Corporación La Candelaria determinó extender un nuevo pavimento de adoquín sobre el piso de cantos rodados; en nuestro perfil aparece, en efecto, una nueva capa de concreto y el adoquín de barro cocido. En ese momento la pila de piedra se trasladó hacia el norte, a un lugar más central de la plaza. La obra más impactante en esa etapa fue, no obstante, la construcción de la gran arcada rectangular de estilo Art Deco en el extremo norte. La arcada es una estructura masiva que irrumpe agresivamente en el espacio y cuya única virtud es ocultar un edificio, aún más feo, que cierra la plaza en el costado norte. Sobre la arcada se instalaron varias esculturas de algunos legendarios personajes de la antigua Bogotá que, con tres excepciones, han desaparecido. En el sector occidental se instalaron algunas canecas para basura, un contenedor de libros y una estructura metálica masiva que podría ser una obra de arte (?).

La dinámica social del sector es muy distinta a como la recuerdan Pedro Enrique y María Sabina: la Plaza del Chorro está en el camino de los estudiantes de las universidades Externado y La Salle hacia los ejes de transporte de la Jiménez y la Avenida Tercera. La dinámica social local ha cedido frente a este gran flujo que trae consigo un abundante tráfico y consumo de drogas. No obstante, la Plaza del Chorro es un espacio muy dinámico y lleno de vida, en él se reúnen jóvenes y viejos, grupos de turistas, escolares y transeúntes, hay varios restaurantes y bares muy concurridos y se escucha música, narraciones, etc. A nadie parece importarle la “artificialidad” del sitio, más bien se busca resignificarlo y disfrutarlo de acuerdo con los propios intereses. Como resultado de esta dinámica se ha presentado un muy buen índice de conservación y valorización de los inmuebles vecinos.

Discusión

Seis espacios con seis historias distintas, seis configuraciones y seis modalidades de apropiación; una micro-variedad que revela, no obstante lo pequeño de la muestra, la heterogeneidad de los espacios públicos de Bogotá. En retrospectiva, una sucinta interpretación de la historia de cada uno de los espacios podría escribirse, más o menos, así:

- El Parque Santander, nació como una plaza fundacional. El hecho de que Jiménez de Quesada ignorase las reglas de la fundación de ciudades y que omitiese algunas de las más importantes, no le quita a este sitio el haber sido el lugar donde se manifestó por primera vez la voluntad de fundar una ciudad, el que se hubieran repartido los solares entre los principales y que se celebrase la famosa misa en la

capilla pajiza con sus doce chozas. Pero la posterior fundación legal en la actual Plaza de Bolívar relegó a este sitio a un lugar secundario. Aun así, el tener el conjunto franciscano en uno de sus costados y estar en el camino de Tunja, uno de los más transitados en la Colonia, la mantuvo como espacio principal. Que su trascendencia original no fue olvidada lo prueba el que el capitán Collantes se hubiera tomado el trabajo de edificar el primer Humilladero. Como Plaza de las Yervas fue escenario de uno de los mercados más concurridos de Santafé y aún de la Bogotá republicana. La república modernizante del siglo XIX tuvo a bien conferirle el estilo de parque francés y plantar allí un símbolo patrio, hasta entonces ausente. Se conformó entonces un parque enrejado y arborizado con fuente y bancas, propio para el descanso y la contemplación de la naturaleza, al cuidado de la prestigiosa Sociedad de Embellecimiento. Pero esto no habría de durar mucho; el progreso, de la mano con la Sociedad de Embellecimiento, ahora Sociedad de Ornato y Mejoras, modernizó de nuevo el espacio. Se quitó la reja, se desmontó parte de la arborización y se adecuó todo para el tránsito urbano, nuevo patrón al que era preciso sacrificar los antiguos espacios de descanso. Reforma tras reforma, la plaza patriótica llegó a ser rodeada por un nuevo enrejado, invisible pero no menos efectivo, el de las poderosas instituciones que la circundan. La dinámica que buscaron imprimirle el Banco de la República, el Banco Central Hipotecario, el Jockey Club y el Edificio Avianca encontró su contraparte en el uso popular que insiste en hacerse presente en la Plaza. Al final se configuró esta curiosa mezcla entre lo institucional, lo turístico-cultural y lo popular, tendencias que compiten por este espacio, a veces incluso con inusitada agresividad.

- La Plazoleta del Rosario es, sin duda, el ejemplo más patético de lo artificial que no logra dejar de serlo. Sacada de la demolición de antiguos edificios y concebida fundamentalmente como la cubierta de un gran parqueadero no logra siquiera una precaria estabilidad constructiva. Tal vez su principal mérito sea darle vista a la magnífica fachada del Colegio del Rosario; de allí en adelante no es más que un corredor de paso de estudiantes y un enorme local para cambistas de divisas y comerciantes de esmeraldas. De nuevo el manejo institucional, que quisiera un espacio limpio y abierto, se pelea el control con los comerciantes locales, su facción opuesta.
- El Parque de los Periodistas se implanta, casi de la nada, sobre lo que parece haber sido un pequeño espacio verde, el Parque de la Romana, donde iban tradicionalmente los novios. A diferencia de su predecesor, el nuevo parque no ofrece nada amable, las zonas verdes son difícilmente accesibles y el intenso tránsito no propicia ningún tipo de uso social. Especialmente fuera de contexto es la implantación del símbolo patrio, la estatua de Bolívar, que parece haber

llegado allí porque no había otro sitio mejor para colocarla. Resulta bien curioso que en el Parque de los Periodistas no haya nada alusivo a ese gremio ni que los periodistas lo reconozcan como espacio propio. Es otro caso de un espacio que como plaza o parque es completamente fallido.

- La Plaza de los Mártires es uno de los casos más interesantes. Inicialmente fue solo una gran huerta, pero el que allí se hubiera fusilado a algunos de los rebeldes independentistas la catapultó al estrellato patriótico. En el siglo XIX y parte del XX la Sociedad de Embellecimiento y su sucesora, la de Ornato y Mejoras, se esfuerzan en mejorar y mantener el espacio con gran ahínco y dedicación; iglesia, enrejado, fuente, obelisco, alumbrado, arborización, todo con tal de hacer de este un espacio bello y elegante. Por un tiempo esto se logra, pero es de nuevo el progreso, ese fantasma traidor, el que echa todo a perder. La Avenida Caracas corta el hermoso parque en dos y lo condena para siempre; vienen después los paraderos de flotas y buses y el vecindario se deteriora irremediabilmente. De patriótica plaza aristocrática se hace tránsito a un peladero plagado de drogadictos, prostitutas y ladrones. De nada valen las arremetidas institucionales, las remodelaciones, la demolición del Cartucho, el operativo del Bronx, la cosa no mejora. En esta lucha por el espacio la aristocracia bogotana perdió frente al lumpen.
- La Plaza de las Cruces es otro espacio inicialmente arrebatado por el impulso patriótico a la comunidad local. De tranquila plaza de barrio se convierte de pronto en plaza de armas del ejército. Con el pie militar adentro, la plaza cae bajo el influjo modernizador de la Sociedad de Embellecimiento y pasa por el habitual proceso de instalar bancas y rejas, sembrar árboles y prados, construir paseos e instalar una monumental fuente. En este sitio se fue aún más lejos, se la rebautizó como Parque Girardot; quizás para suprimir un nombre –Las Cruces– que no gozaba de buena reputación entre la aristocracia por ser allí donde vivían “los indios”. La fachada remodelada de la plaza de Las Cruces fue víctima de dos terribles enemigos de la elegancia; por un lado, el progreso que terminó instalando un surtidor de gasolina, algo fuera de lugar en un espacio bucólico. Y, por otro, el uso popular del espacio que llevó a la construcción del cuadrilátero de boxeo y lucha libre y luego a las canchas de juego. La pelea entre la tendencia de la elegancia aristocrática y la apropiación popular y comercial fue mucho más corta: la Sociedad de Ornato y Mejoras se batió en retirada, la plaza volvió a llamarse de Las Cruces y a ser la plaza del barrio, las rejas y bancas desaparecieron y la enorme fuente se quedó sin agua y sin espectadores.
- El Chorro de Quevedo es un caso sui generis. Donde nunca hubo plaza, ni iglesia ni lugar de recreo, se conformó un espacio artificial que terminó validándose y que sirve por igual al uso de turistas locales y estudiantes y que se ha ganado

además la insólita reputación de sitio tradicional. El Chorro nunca fue objeto de los costosos y aparatosos esfuerzos institucionales, tan solo bastó el esfuerzo individual de un solitario abogado para desencadenar toda una invención cultural exitosa. La clave fue la vinculación de la comunidad a través de la ermita y el manejo del espacio. Entre todos los espacios estudiados el Chorro es, quizás, el más democrático y el menos conflictivo, aquel donde, a pesar del tráfico de drogas y los ocasionales abusos de algunos de los vecinos, se respira un aire de libertad y alegría, como el que idílicamente se espera de todos los parques urbanos.

Lo que salta a la vista es que estos espacios públicos, los parques, plazas y plazoletas, son escenarios de lucha y competencia de los grupos sociales que componen la ciudad.

Para empezar, en todos ellos se han implementado, en mayor o menor grado, medidas para imprimir el sello patriótico y católico. Tres iglesias y una estatua en el Parque Santander, una estatua en el Rosario, una estatua en el Parque de los Periodistas, una iglesia y un obelisco en la Plaza de los Mártires, tres iglesias en Las Cruces y una iglesia en el Chorro. Donde no está lo patriótico está lo católico, o están ambos. De esta forma, concreta y efectiva, se fijan los valores nacionales en el espacio público.

Una segunda serie de acciones la emprende la Sociedad de Embellecimiento, o su sucesora la Sociedad de Ornato y Mejoras, entidades conformadas por miembros de la aristocracia y con cierto margen de acción garantizado por la delegación que les hace la ley y por una buena financiación pública y privada. Las acciones de este ente son completamente arbitrarias, no consultan el parecer de los vecinos y siguen únicamente los criterios de elegancia y moda de cada época. En desarrollo de su labor intervienen, modifican y hasta rebautizan las plazas y lo hacen una y otra vez. El objetivo fundamental, evidente y declarado, es dar a estos espacios el toque de clase que los haga aptos para el uso de la aristocracia.

Las acciones de los sectores populares; vecinos del barrio, comerciantes, estudiantes, traficantes y consumidores de drogas, turistas, etc. son espontáneas, ocasionales y carecen de un propósito general sobre el espacio. Es construir el cuadrilátero de boxeo, las canchas deportivas, instalar la bomba de gasolina, destruir o vandalizar cercas, bancas, fuentes, estatuas o, en la mayoría de los casos, simplemente ocupar. Este ocupar con carritos de ventas ambulantes, casetas de ferias artesanales, equipos de música, mediante actividades religiosas, con prácticas deportivas, o simplemente con la persistente presencia de grupos de personas, resulta ser la más eficaz de las armas. Gracias a esta ocupación las plazas se vuelven irremediamente sitios de la gente y cualquier reclamación aristocrática caduca.

Hay, no obstante, algunos de estos espacios tan genéticamente estériles que no logran concitar la emoción de casi nadie. Es el caso de la Plazoleta del Rosario y del Parque de los Periodistas, que solo son notables por ser lugares de paso en los que, irónicamente, no pasa nada interesante. Estas plazas terminan perdiendo sentido y se vuelven lugares muertos. Desde otro punto de vista, todo esto es producto de las sucesivas tendencias del urbanismo y la arquitectura de espacios públicos; desde que se inauguró en Bogotá la idea de la planeación urbana, ha faltado una política clara de construcción y mantenimiento de espacios públicos.

Un claro ejemplo de este problema se puede ver en el manejo del agua y, más concretamente, del agua en las plazas y parques. La instalación de pilas y fuentes se hizo norma en algunas épocas simplemente porque estaba de moda y por ello se construyeron en plazas donde originalmente no las hubo y donde no tenían sentido funcional ni conmemorativo: Parque Santander, Plaza de Las Cruces, Plazoleta del Rosario y Parque de Los Mártires. Eventualmente la fuente deja de funcionar, se abandona y se convierte en un muladar. No es raro que las intervenciones y remodelaciones consideren entre sus objetivos la restauración de las fuentes; incluso en las obras recientes esto sigue siendo un punto obligado.

Como estas seis que hemos estudiado, otras varias plazas y parques de Bogotá son escenario de la vida tumultuosa y conflictiva de una ciudad a medio formar. Cada una, con su propia historia y dinámica social, representa un acto particular de la gran tragicomedia urbana. Allí están esperando contarnos su propia vida y enseñarnos que la historia oficial es la menos importante de las historias.

Agradecimientos

Expresamos nuestro reconocimiento al Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, a su Directora en 2015, María Eugenia Martínez, al arquitecto Carlos Laverde y los demás funcionarios que nos ofrecieron la oportunidad de participar en el proyecto de mejoramiento del espacio público en el centro de Bogotá, así como a los ingenieros, arquitectos y obreros de las empresas contratistas por su acompañamiento y colaboración. Estamos agradecidos con el Museo de Bogotá por el uso de las fotografías antiguas de su colección, que ilustran el texto. En el proyecto del Chorro de Quevedo agradecemos muy especialmente al arquitecto Germán Ayarza del Consorcio G&G, a la arquitecta María José Quiroga y a los empleados y obreros de la empresa contratista, cuya colaboración fue vital. Especial mención merecen Pedro Enrique Garzón y María Sabina

Ramírez, gracias a cuyos recuerdos fue posible reconstruir parte de la historia reciente de este lugar.

Bibliografía

- Anónimo. “Parque de los Mártires”, *Boletín de la Sociedad de Embellecimiento*, (1923).
- Anónimo. “Décimo aniversario de la Sociedad de Embellecimiento”, *El Tiempo*, 28 de marzo de 1927.
- Anónimo. Parque de los Mártires. *Boletín de la Sociedad de Embellecimiento*, Tercera Época, núm. 57 y 58 (Enero 1928).
- Atuesta Ortiz, María. “La ciudad que pasó por el río. La canalización del río San Francisco y la construcción de la Avenida Jiménez de Quesada en Bogotá a principios del siglo XX”, *Territorios*, No. 25, (2011), 191-211.
- Cabrera, G. “Plazoleta del Rosario. Doce años de vergüenza”, *El Tiempo*, 9 de mayo de 1984.
- Castillo, G. D. “Nuestro Parque de los Mártires y la Avenida Caracas”, *El Tiempo*, 13 de enero de 1948.
- Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá. *Historia del agua en Bogotá, de la Colonia al año 2000*. Bogotá: Publicaciones y Servicios Especiales de Prensa, 1968.
- Escala. “Plazoleta del Rosario. Arquitectos: Obregón Valenzuela & Cía”, *Escala*, vol. 9 N° 71, (1973) s.p.
- Escovar, Alberto, Margarita Mariño y Cesar Peña. *Atlas Histórico de Bogotá. 1538-1910*. Tomo I. Bogotá: Corporación La Candelaria, Grupo Editorial Planeta, 2004.
- Fundación Erigaie. *Atlas Histórico de Bogotá 1911-1948*. Bogotá: Planeta, 2006.
- Lleras, Roberto, Melissa Osorno y María del Pilar Quintero. *Monitoreo arqueológico en el proyecto de mejoramiento del espacio público en el centro de Bogotá. Plaza de Armas de las Cruces, Parque Santander, Plaza de los Mártires, Parque de los Periodistas, Plazoleta del Rosario y Eje Ambiental. Informe Final de Labores*. Bogotá: Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, IDPC, 2015.
- Lleras, Roberto y Daniela Herrera. *Programa de Arqueología Preventiva para el Proyecto de Intervención del Espacio Público en el Centro de Bogotá. Plaza del Chorro de Quevedo. Informe Final de Monitoreo Arqueológico*. Bogotá: Consorcio G&G, 2017.
- Mantilla Oliveros, Johana Caterina; Suaza, María Angélica y Rivera, Javier. *Informe Proyecto Plaza de Mercado del Barrio Las Cruces*. Bogotá: Fundación Erigaie, 2007. Inédito.
- Martínez, Carlos. *Santafé, capital del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Banco Popular, 1987.
- Paredes, C. C. “Los parques de Bogotá: 1886-1938”, *Revista de Santander*, (2004), 92-105.
- Paredes, C. C. “Un parque extenso y amplio para dotar con él a nuestra querida capital: la exigencia de la creación de un parque y el panorama del arte paisajístico a finales del siglo XIX en Bogotá”, *Paisagem Ambiente: ensaios*, N. 29, São Paulo (2011), 25-38.

- Pizano, O., Ibel, R., & Salazar, C. *Recuperación espacial de la Avenida Jiménez y el parque Santander*. Bogotá: Universidad de Los Andes, Centro de Investigaciones estéticas, 1998.
- Ramírez. A. X. *La Plaza: Núcleo original del barrio Las Cruces*. Bogotá: Maestría en restauración de Monumentos Universidad Javeriana, 2000.
- Ricaurte, D. O. *Historia del Parque Santander*. Bogotá: Sociedad de mejoras y ornato, 1926.
- Therrien, Monika, Elena Uprimny, Jimena Lobo Guerrero, María Fernanda Salamanca, Felipe Gaitán y Marta Fandiño. *Catálogo de cerámica colonial y republicana de la Nueva Granada: producción local y materiales foráneos (Costa Caribe, Altiplano Cundiboyacense - Colombia)*, Bogotá: FIAN, 2002 .
- Venero, E. D. “La Plaza Santander en Bogotá. Apuntes relacionados con su historia”, *Proa* n°230 (1972), 6-34.